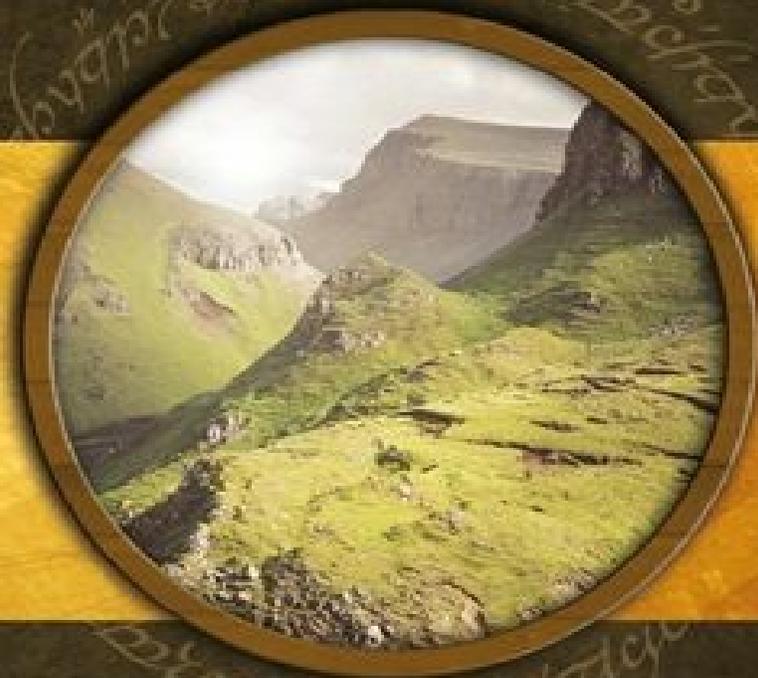


JOSEPH PEARCE

# EL VIAJE DE BILBO

DESCUBRIENDO EL SIGNIFICADO OCULTO EN  
«EL HOBBIT»



PALABRA

Título original: Bilbo's Journey. Discovering the Hidden Meaning of The Hobbit,  
by Joseph Pearce.

Colección: Palabra Hoy

Director de la colección: Ricardo Regidor

© 2012 Joseph Pearce

© Ediciones Palabra, S.A., 2012

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

[epalsa@palabra.es](mailto:epalsa@palabra.es)

Traducción: Ángel García y Maite Barrera

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

ISBN eBook: 978-84-9840-798-3

ePub: CrearLibrosDigitales

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Para Jef y Lorraine Murray  
Y para todos aquellos que son hobbits de corazón.

# 1

## El viaje de Bilbo

La primera obra de ficción de J. R. R. Tolkien, *El Hobbit*, se ha visto a menudo eclipsada por su otra gran obra épica, *El Señor de los Anillos*. Y no falta razón. La profundidad de *El Señor de los Anillos* y su insuperable calidad hacen que sea ampliamente superior a su predecesora. Tanto es así que también ha llegado a ser un fenómeno editorial. Desde que se publicó por primera vez hace casi 60 años, se han vendido más de 150 millones de copias de la célebre obra de Tolkien. A esto se suma que *El Señor de los Anillos* ha triunfado sobre todos sus rivales literarios en numerosas encuestas. Los resultados de una de ellas, organizada conjuntamente por una importante cadena de libros y una televisión inglesa en 1996, revelaron que *El Señor de los Anillos* aparecía en la primera posición en 104 de las 105 sucursales de la cadena, y que había recibido un 20% más de votos que su inmediato rival, 1984, de Georges Orwell. Otras encuestas realizadas por la BBC, junto con periódicos nacionales y sociedades literarias, ofrecieron datos similares. Tal vez su último triunfo, ya en la era de Internet, reside en haber sido votado como el mejor libro del milenio por los clientes de Amazon, lo que indica que la obra de Tolkien también ha conquistado el ciberespacio.

Por tanto, no resulta sorprendente que, a raíz del gran éxito del libro, la tercera parte de la adaptación cinematográfica de *El Señor de los Anillos* de Peter Jackson sea una de las mejores películas de todos los tiempos. En diciembre de 2012, una década después del estreno de *El Señor de los Anillos*, se estrenará en los cines de todo el mundo la nueva película de Peter Jackson, la primera parte de la adaptación de *El Hobbit*. A medida que la nueva película va creando expectación en todo el planeta, Bilbo Bolsón se prepara para recibir el protagonismo de manos de Frodo, su sobrino más famoso. Son días importantes para esta historia infantil, relativamente sencilla, que fue originalmente publicada en 1937, pero que allanaría el camino para la obra épica más famosa, y de lejos más ambiciosa, de Tolkien, publicada casi 20 años más tarde.

La nueva película de Jackson no está pensada para niños, lo que no debería ser una sorpresa. Este productor se hizo famoso por sus películas de terror y gore, muy distintas al sentimentalismo de Disney (Deo gratias). En la película hay muchas dosis de violencia y aparecen monstruos diversos, como gigantes, arañas, troles, orcos, un terrible dragón y

la horripilante figura de Gollum; por tanto, no es una película recomendable para los más pequeños. Si en su momento pudieron disfrutar con el libro, ahora van a encontrarse con violencia y con escenas propias de monstruos de pesadilla.

Por otro lado, habría que destacar que *El Hobbit* es mucho más que un simple cuento para niños y que cualquier ruptura de su dimensión moral haría mucho más daño a la integridad de la obra que la representación gráfica de la violencia y la presencia de lo monstruoso. En su nivel más profundo de significado –y hay que tener en cuenta que las grandes obras de literatura infantil siempre tienen un profundo nivel de significado–, *El Hobbit* es una peregrinación que transcurre en el nivel de la gracia. Su protagonista, Bilbo Bolsón, se convierte en adulto en su sentido más pleno, es decir, creciendo en sabiduría y virtud. A través del curso de la aventura –y toda peregrinación es una aventura–, *El Hobbit* desarrolla la virtud y crece en santidad. De esta manera, *El Hobbit* ilustra una verdad de valor incalculable. Llegamos a ser hombres sabios (*homo sapiens*) solamente en la medida en que nos damos cuenta de que somos peregrinos en nuestro viaje a través de la vida hacia un fin (*homo viator*).

Aparte de su estatus de novela de formación cristiana –el paso de Bilbo de la ignorancia a la sabiduría y del vicio a la virtud heroica–, *El Hobbit* va en paralelo a *El Señor de los Anillos* en el tratamiento sugestivamente místico de la Providencia Divina, y además puede considerarse como comentario moral de las palabras de Cristo «donde esté tu tesoro allí está tu corazón (*Mateo 6, 21*). Por estos tres aspectos, puede decirse que *El Hobbit*, tal y como Tolkien dijo de *El Señor de los Anillos*, es «una obra fundamentalmente religiosa y católica».<sup>1</sup>

En un primer nivel, el viaje de Bilbo desde su cómodo hogar en la Comarca hasta la Montaña Solitaria va en el viaje de Frodo desde la Comarca hasta el Monte del Destino, y es un espejo del camino que ha de recorrer cada uno de los hombres en su vida. En este sentido, Tolkien escribió en su célebre y erudito ensayo «Sobre los cuentos de hadas» que «el cuento de hadas... puede ser utilizado como un espejo para el hombre»<sup>2</sup>. En pocas palabras, estamos destinados a vernos reflejados en el personaje de Bilbo Bolsón, y ver reflejadas nuestras vidas en su viaje desde la Comarca hasta la Montaña Solitaria. ¿Cómo es posible esto? Es evidente que no somos hobbits, literalmente hablando, ni que vayamos a ir caminando junto a un grupo de enanos a través de las Montañas Nubladas y el Bosque Negro, encontrando trasgos y elfos en nuestra ruta, a no ser que sea de modo vicario, permitiendo que nuestra imaginación, como lectores, siga los pasos de Bilbo. Para poder ver la historia como Tolkien quiere que la veamos, tenemos que trascender su significado literal y ascender a un nivel moral y anagógico.

Para el cristiano, que rechaza el nihilismo existencialista, la vida se encuentra cargada de significado y está al servicio de su objetivo final cuyo propósito es unirse a Dios en el cielo y participar de su vida divina. Siendo esto así, cada vida debe ser una búsqueda para alcanzar el cielo a través de un crecimiento en la virtud, alcanzando así el poder, mediante la gracia, de vencer a los monstruos y demonios que tratan de impedirlo. Por tanto, así debemos leer *El Hobbit* y, de este modo, y solo de este modo, descubriremos la profundidad y aplicabilidad de su significado.

Otro elemento clave de *El Hobbit*, que comparte con *El Señor de los Anillos*, es la presencia de la mano invisible de la Providencia o la gracia. Esta mano invisible, a la que se le nombra eufemísticamente como «suerte», ha sido sujeto de ciertas incomprensiones por parte de muchos críticos. Colin Manlove es un típico ejemplo de los que consideran esa «suerte» como una debilidad literaria, describiéndola como «la continua presencia de una fortuna parcial o sesgada». Manlove se queja de que «toda esa maraña de aparentes coincidencias» significa que «quien construye el éxito no es la voluntad moral, sino la suerte». Ante esa «fortuna parcial, sesgada» o «suerte», Manlove sostiene que la lucha contra el mal en la obra de Tolkien es «mera pose en un barco que avanza correctamente»<sup>3</sup>. Esta crítica carece de sutileza, ya que no ve el ingenio en el trabajo narrativo de la obra. Tal y como Gandalf deja claro en la conclusión del libro, lo que se ha llamado la «suerte» no era realmente «suerte» en absoluto. Gandalf le dice a Bilbo: «¿No pensarás realmente que todas tus aventuras y escapadas fueron debido solo a la suerte...?».

Tranquilo Manlove, la «voluntad moral» nunca es suficiente para lograr el éxito, ya sea en la Tierra Media o en el mundo en que vivimos. Contrariamente a las exigencias de Nietzsche, Hitler y otros «progresistas ateos», no hay un triunfo de la voluntad sin la asistencia sobrenatural de la gracia. Por esto fracasó Frodo cuando quiso destruir el Anillo por voluntad propia en *El Señor de los Anillos*. La «voluntad moral» por sí misma nunca es suficiente; siempre se necesita un agente externo, como, por ejemplo, la gracia. Irónica y paradójicamente, este papel de «agente externo» lo ocupa Gollum como agente involuntario de la gracia en el momento culminante en el Monte del Destino. El que apareciera de repente en el momento crucial no es simple «suerte», si por «suerte» nos referimos a casualidad. Gollum está allí porque en otros momentos cruciales previos había sido salvado por Bilbo, Frodo y Sam, quienes incluso se vieron tentados a matarlo en varias ocasiones. Pero en cada una de ellas los hobbits optaron por el perdón y la misericordia, en vez de caer en la venganza. Cada uno de estos actos virtuosos –amar a los enemigos en vez de odiarlos– son pruebas morales que hay que superar para derrotar al mal. Una vez pasadas esas pruebas, la aparición de Gollum en el momento crucial de la historia fue el regalo inesperado pero necesario; la dádiva concedida por la misma mano invisible que les había puesto a prueba en las ocasiones anteriores. Esto no es «suerte», sino la providencia.

Tanto en *El Hobbit* como en *El Señor de los Anillos*, la «buena suerte» está inseparablemente unida a las buenas elecciones y la «mala suerte», a las malas elecciones. Respecto a esto último, debemos recordar las palabras que Gandalf le dirige a Pippin: «a menudo el odio se vuelve contra sí mismo». O las palabras de Théoden: «El daño del mal recae a menudo sobre el propio mal». Por lo tanto, existe una dimensión sobrenatural en el desarrollo de los acontecimientos en la Tierra Media, en la que Tolkien nos muestra el equilibrio místico entre los impulsos de la gracia, o de la tentación demoníaca, y la respuesta de la voluntad a esos impulsos o tentaciones. Esta relación se nos muestra en forma de providencia trascendente, que es mucho más que «suerte» o casualidad. Para un cristiano, así es la vida, es puro realismo. Un cristiano

crea en dragones, incluso aunque no pueda verlos, y sabe que son peligrosos y potencialmente mortíferos. No se les puede cortejar y no es inteligente jugar con ellos. «Cuanto más podamos ver la vida como un cuento de hadas», dijo el gran G. K. Chesterton, «más claramente el cuento ha de resolverse en una guerra contra el dragón que está arruinando el país de las hadas»<sup>4</sup>.

Volviendo a la idea errónea de Manlove sobre la naturaleza de la «suerte» en la Tierra Media, o «fortuna parcial» como lo llama, su error se ve más claramente al describir «como mera pose en un barco que avanza correctamente» a la lucha contra el mal en la obra de Tolkien. Lo cierto es que la «fortuna» en la Tierra Media, y en el mundo que se encuentra más allá, es parcial en ambas direcciones. Por un lado, la gracia siempre está disponible para quienes la buscan y la piden, es la fortuna parcial en la dirección del bien; por otro lado, a causa de la naturaleza caída del hombre, su tendencia natural se dirige hacia la concupiscencia y sus consecuencias destructivas. Si no pedimos ayuda, estamos condenados a caer. Es precisamente en esta elección, basada en el don y la responsabilidad del libre albedrío, donde se gana o se pierde la lucha contra el mal. La voluntad debe cooperar voluntariamente con la gracia o, de lo contrario, caerá inevitablemente en el mal. Más que una pose en un barco que avanza sin problemas, se trata de una aventura arriesgada en un reino peligroso.

Si mediante la interacción entre providencia y libre voluntad es cómo el dinamismo de la virtud y de sus consecuencias hace que avance la narración, el contenido moral de *El Hobbit* parece ser un comentario a las palabras del evangelio de Mateo 6, 21: *donde está tu tesoro allí estará tu corazón*.

El libro de *El Hobbit* comienza con Bilbo, su pasión por la comodidad y su falta de voluntad para sacrificarse por los demás. Su corazón es esencialmente egoísta, rodeado por los tesoros de su propia casa. Esta imagen irónica y simbólica prefigura a la de Smaug, también rodeado de tesoros en su «hogar», en la Montaña Solitaria. Bilbo es, por tanto, una figura y una prefiguración del dragón Smaug. Se ve afectado por su mismo mal y su misma enfermedad. Su viaje al interior de la Montaña Solitaria es el modo de curarse de su enfermedad materialista. Es su propia *Vía dolorosa*, el camino del sufrimiento que le enseñará a ser capaz de sacrificarse por los demás.

La paradójica consecuencia del mal del dragón es que al final las cosas poseídas poseen a su poseedor, muy similar a cómo el portador del Anillo, en el libro posterior, acaba poseído por él.

En el caso del Anillo, el portador puede resistirse a su poder si se niega a sucumbir a la tentación de utilizarlo. En otras palabras, el poder malévolo del Anillo sobre la persona que lo lleva está conectado directamente con el grado de unión que el portador tiene hacia él. Cuanto más despegado de él, menos efecto realiza el Anillo sobre el portador. Del mismo modo, Bilbo también estaba consumido en su afán de poseer al inicio de la historia no por el placer de acaparar, sino por el grado de comodidad que le ofrecen los bienes materiales. No valora sus posesiones por su poder, como en el caso del Anillo, sino por el placer soporífero que le reportan. Aun así está igual de dominado que el dragón, aunque solo valore sus posesiones como un medio para un fin y no como

un fin en sí mismas. El hecho de que le son necesarias, al menos así lo cree él, le lleva a quedar poseído por esa necesidad de comodidad, similar a la posesión de Smaug. Así, Bilbo es esclavo de sus posesiones al comienzo de la historia pero logra liberarse de esa adicción al final. Del mismo modo, Smaug es prisionero de su propio tesoro; no puede librarse de él por el miedo que tiene a que alguien le robe algo. El mal de Smaug reviste de un tono especialmente irónico, puesto que es evidente que nunca podrá usar ninguno de los tesoros que acapara. Es esclavo de algo que es esencialmente inútil para él. Su corazón de dragón está poseído por el apego a un objeto que para un dragón debería ser considerado basura.

En última instancia, *El Hobbit* no trata únicamente de conseguir matar al dragón que está destruyendo el país de las hadas, sino también, y esto es mucho más importante, de conseguir matar al propio dragón que está tratando de destruir su propia alma. A pesar de que Bilbo vaga lejos de su propia casa, a nosotros como lectores nos parece que siempre está cerca. Todos y cada uno somos propensos a caer en el mal del dragón y debemos andar con cuidado; para ello, la mejor solución es caminar con Bilbo para llegar a ser curados de sus efectos potencialmente mortíferos. Con este aleccionador y gratificante pensamiento en mente, vamos a continuar el viaje junto a Bilbo, siguiendo sus pasos peludos por el camino de la gracia.

**1** Humphrey Carpenter, ed., *Cartas de J. R. R. Tolkien* (Planeta DeAgostini 2002).

**2** J. R. R. Tolkien, *Los monstruos y los críticos y otros ensayos* (Minotauro, 1998).

**3** Colin Manlove, *Modern Fantasy: Five Studies* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), pp. 182–183.

**4** G. K. Chesterton, *La nueva Jerusalén*.

## 2

### Una partida inesperada

En un agujero en el suelo vivía un hobbit. Pero no un asqueroso y sucio agujero donde la humedad y los gusanos campan a sus anchas. Tampoco era un lugar seco, lleno de arena y totalmente vacío. Era un agujero–hobbit, o, lo que es lo mismo, un lugar donde el confort estaba asegurado.

La primera frase de *El Hobbit* es uno de los comienzos más famosos de toda la literatura. Simple y corta, al igual que su sentido... Desde el momento en que la leí, mi imaginación comenzó a funcionar. ¿Qué es un hobbit? A diferencia de los orcos, elfos, enanos, magos y trolls, todo lo que Tolkien había sacado desde lo más profundo de los mitos, los hobbits aparecen como un producto muy propio de la imaginación y del alma de su autor. Aunque, como el mismo Tolkien sería el primero en admitir, no se puede considerar que la creación de los hobbits surja de la nada. Los hobbits se estrenan por primera vez en la obra de Tolkien, pero no era lógico que fueran totalmente nuevos, puesto que no hay nada nuevo bajo el sol. Es por esta razón por la que Tolkien ve muy importante establecer una distinción entre Creación y subcreación. Solamente Dios crea, en el sentido de hacer algo de la nada (ex nihilo), mientras que los artistas y autores simplemente utilizan la subcreación para crear de algo que ya existe. De esta manera, los hobbits son subcreaciones que Tolkien ha realizado sacándolas de otras fuentes. Incluso la propia palabra «hobbit» no es original del autor de *El Señor de los Anillos*, aunque tradicionalmente se le atribuye a él. El término «hobbit» aparece en una lista de criaturas sobrenaturales compuesta por el estudioso del folclore decimonónico Michael Aislabie Denham. Curiosamente, esta palabra no se encuentra en ningún otro lugar, lo que sugiere que se trataba de un término coloquial para algún tipo de fantasma que Denham había encontrado al estudiar las tradiciones orales folclóricas del norte de Inglaterra y Escocia. No sabemos realmente si Tolkien llegó a leer ese libro, publicado por la Sociedad Folclórica en 1895<sup>5</sup>, pero pocas personas han leído más obras de este tipo que Tolkien. ¿Le llamó la atención la primera vez que leyó la palabra hobbit en una lista de criaturas fantasmales? ¿Quiere recuperar este término de una manera consciente en la primera línea de su libro o es algo inconsciente?

Independientemente de que Tolkien pudiera haber pedido prestado el término, el significado que él da a los hobbits no tiene nada que ver con el de Denham. No son personajes macabros en ningún caso. Cuando uno piensa en los hobbits de Tolkien, normalmente piensa en la relación entre las palabras «hogar», «costumbre» o incluso «conejo» (en su traducción inglesa: «home», «habit» and «rabbit», teniendo también en cuenta las madrigueras de los conejos y los pies peludos de los hobbits). Además nos sentimos muy a gusto junto a estos personajes por la estrecha relación que tienen con sus hogares. Ciertamente, Bilbo Bolsón se parece bastante a nosotros a pesar de su pequeño tamaño y sus pies peludos. Bilbo es un caballero, al igual que Tolkien y sus lectores, que busca una vida cómoda y respetable. De hecho, en la primera página se nos dice que Bilbo «era un verdadero hobbit» y que venía de una familia respetable: «la gente consideraba a los Bolsón unos hobbits muy respetables no solo porque la mayoría eran ricos, sino porque nunca se veían envueltos en aventuras ni hacían nada extraordinario». A Bilbo le gustan el té y las tostadas, el jamón y los pepinillos; tiene armarios con grandes cantidades de ropa y numerosas despensas llenas de comida; le gusta ver el paisaje a través de su ventana, pero en ningún caso aventurarse fuera de su propia casa. Bilbo está hecho para disfrutar del confort en todas sus manifestaciones posibles. El deseo de aventuras está totalmente fuera de los intereses de Bilbo Bolsón. En términos cristianos, Bilbo Bolsón prefiere una vida fácil donde cargar con la cruz y avanzar por el camino del sacrificio es algo que no tiene cabida. Se ve necesario, por tanto, que se produzca una situación de ruptura en la vida del protagonista. Esta nota discordante tiene lugar con la reunión que se produce en la casa de Bilbo al principio del libro, donde la llegada de unos invitados interrumpe completamente los hábitos cotidianos de los hobbits. Se trata de la intervención en la cómoda y apacible vida de *El Hobbit* de un elemento de incomodidad o sufrimiento que sirve como llamada de atención y, sobre todo, una llamada a la acción. Gandalf presenta a Bilbo a Thorin Escudo de Roble y al resto de los enanos para que forme parte de la aventura, cuyo objetivo no es solo recuperar el tesoro de los enanos, sino también, en el plano moral en el que se desarrolla la historia, para que Bilbo abandone su vida egoísta de comodidad y placer a través del sufrimiento y el sacrificio. Al dejar a un lado su antigua vida de egoísmo (y es el precio que deberá pagar para convertirse en aventurero y «ladrón»), tiene que desprenderse de todo lo mundano para poder conseguir el verdadero premio.

El hecho de que los hobbits y Bilbo tengan una vida cómoda o incómoda similar a la de los lectores se ve acentuado en las primeras páginas del libro al revelar el narrador que los hobbits «carecen de cualquier tipo de magia. Lo que tienen de especial es precisamente su vida ordinaria de cada día, eso es lo que les permite desaparecer rápida y silenciosamente cuando un gran número de gente estúpida como tú y como yo se acercan haciendo un ruido parecido al de una manada de elefantes». Los hobbits, por tanto, no tienen ningún poder especial, salvo su estrecha conexión con el entorno natural, y así son capaces de detectar a través de sus sentidos la llegada de extraños que acuden provocando un escándalo. Esta facilidad para desaparecer ante la amenaza y el descontrol podría parecer algo extraño a nosotros, pero es simplemente la cosa más

natural del mundo. El «poder» de los hobbits para desaparecer es similar al que puedan tener otros animales. No es algo extraño, puesto que es el mismo «poder» que tenían nuestros antepasados antes de que la llegada de la modernidad nos desensibilizara con respecto a nuestro medio natural. Aunque pueda parecer irónico, los hobbits son mucho más naturales que nosotros los hombres. Y no lo entenderemos bien hasta que comprendamos el mensaje que Tolkien quiere transmitirnos a través de su obra.

En términos generales, los elementos de la Tierra Media que pueden considerarse como «mágicos» pueden englobarse en tres categorías: lo natural, lo tecnológico y lo sobrenatural. El primer tipo de «magia» es el «de lo ordinario de todos los días», lo que los hobbits tienen en común con nuestros antepasados y los animales. Se trata de algo puramente natural, que solamente sorprende a aquellos que han perdido el contacto con la naturaleza. El segundo tipo de «magia» es el uso de la tecnología para realizar acciones que de otra manera sería imposible llevar a cabo. En términos históricos, estas personas eran los alquimistas, precursores de la ciencia moderna que llevaron a cabo numerosos experimentos en un intento de dominar a la naturaleza. Así, los primeros alquimistas se afanaron en buscar la piedra filosofal para convertir el metal en oro, y el elixir de la vida para vencer a la muerte y alcanzar la inmortalidad. Con la piedra filosofal pretendían alcanzar una riqueza superior a sus propios sueños. De la misma manera, en el lenguaje de *El Hobbit*, los primeros alquimistas sufrieron el mal del dragón al que antes nos hemos referido. Su «magia» era lo científico y sin embargo se convierte en insalubre y poco saludable. Aunque aún no han descubierto ni la piedra filosofal ni el elixir de la vida, su deseo de riqueza y el afán por vencer a la muerte siguen siendo lo que mueve principalmente a los alquimistas modernos, que emplean sus investigaciones científicas para adquirir mayor riqueza y poder. Hay que reconocer, sin embargo, que gracias al progreso científico tenemos numerosos hallazgos que hoy consideramos indispensables. Además hacemos cosas que nuestros antepasados habrían considerado mágicas. Podemos volar no solo por el cielo, sino hasta llegar a la misma Luna. Podemos hacer volar por los aires una ciudad entera de un modo mágico, dividiendo los átomos (bomba atómica). Todo esto es fruto de nuestra inteligencia. Es algo mágico. ¿Pero es prudente? ¿Es bueno?

Para Tolkien, la mayor parte de los frutos de la tecnología moderna han demostrado ser perjudiciales para la humanidad y para el orden natural de las cosas. El autor preferiría vivir rodeado de hobbits en un entorno natural, en vez de con humanos en una ciudad como las que existen actualmente. De hecho, como admitió el propio Tolkien, se inventó la comarca como un medio para escapar de lo que consideraba la maldad de la ciudad moderna. Aunque no puedo estar totalmente de acuerdo con Tolkien sobre esto último, sí me alegro de lo que ha creado y del disfrute que nos ha procurado pudiéndonos escapar a la Tierra Media.

Considerando el poco apego de Tolkien hacia la «tecnología mágica», no nos sorprenderá comprobar que este papel lo ocupan los personajes malvados de la Tierra Media. En *El Señor de los Anillos*, Sauron y Saruman pretenden acabar con toda la

belleza del mundo natural con tal de ver cumplido su deseo de dominar la naturaleza y destruir todo lo que tiene de bueno.

El tercer tipo de «magia» en la Tierra Media es la sobrenatural o, más correctamente, los «milagros». La «magia» de Gandalf en *El Señor de los Anillos* pertenece a este tercer tipo. La imagen más clara nos la muestra él mismo en el Puente de Khazad-dûm, cuando se presenta a sí mismo como «siervo del Fuego Secreto» que tiene poder sobre «la Sombra» y su oscuro «fuego», y también en su transfiguración y resurrección en el Bosque de Fangorn. Por contraposición, el poder de Gandalf en *El Hobbit* se asemeja más a la mera superchería, indicativo de la poca profundidad del personaje en este libro. La otra manifestación de «magia» sobrenatural en la Tierra Media es el demoníaco poder ostentado por Sauron, muy presente en *El Señor de los Anillos* pero relativamente ausente en *El Hobbit*.

Esta simbiosis entre lo natural y lo sobrenatural en los diversos tipos de «magia» en la Tierra Media no solo es necesaria para comprender mejor la obra de Tolkien, sino también para detectar una gran diferencia entre *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*. Con la única excepción del poder ejercido por Gandalf, la relación entre ambas obras es notable por la ausencia de la magia en *El Hobbit*, a pesar de que ciertamente se ejerce un poder «mágico» sobre nosotros como lectores.

En la inesperada llegada de Gandalf a la casa de Bilbo al comienzo de la historia nos sorprende la manera en la que dota de significado a las palabras, que muchas veces están muertas. Por ejemplo, Bilbo le saluda con un «buenos días», una frase que suele usarse normalmente de modo mecánico. Puede ser, sin embargo, que ante Gandalf no sea posible este modo sonámbulo o inconsciente de emplear el lenguaje. Él insiste en que tenemos que ser conscientes de la riqueza de las palabras que usamos. «¿Qué quieres decir?», le pregunta Gandalf. «¿Me deseas un buen día, o quieres decir que hace un buen día, lo quiera yo o no; o que hoy te sientes bien; o que es un día en que conviene ser bueno?». En estas palabras de Gandalf, las de Bilbo adquieren todo su significado, se hacen carne. Podría decirse que se ha producido una cierta transubstanciación. Su apariencia exterior, el sonido de las palabras, sigue siendo el mismo en cuanto a sus características accidentales, pero se les dota de significado. No de uno solo, sino de múltiples significados, lo que significa que una simple frase puede alimentar una multitud de pensamientos.

Para Gandalf, las palabras son la puerta de entrada a la realidad, el medio por el cual nos comprometemos con la verdad objetiva que va más allá de nosotros mismos. Esta posición es la opuesta a la de la posmodernidad, que argumenta que, debido a que una sola palabra puede abrirse a numerosos significados, no existe, por tanto, un significado objetivo. Gandalf es la antítesis a tal sinsentido y el antídoto a esas ideas venenosas.

La llegada inesperada del mago está conectada con el objetivo de despertar a Bilbo de su somnolencia. Y, al despertar él, también nos despierta de la nuestra. Es esta la razón por la que quiere enviar a Bilbo a una aventura que, según le dice al hobbit, será «muy buena para ti además de rentable, si la consigues superar». Bilbo no estaba convencido; «las aventuras no son para él», son algo «incómodo». Él no lo sabe, pero el hecho de que

las aventuras sean incómodas es la razón misma de su utilidad. Gandalf quiere que Bilbo salga de su ambiente de comodidad para que pueda experimentar la realidad en toda su riqueza. Bilbo tendrá que aventurarse más allá de su casa, figura de sí mismo, con el fin de descubrir la verdad que se encuentra más allá de sí mismo y así vivir conforme a ella. En resumen, el propósito de la visita de Gandalf es ayudar a Bilbo en ese viaje de crecimiento.

El comienzo de lo inesperado irrumpe con la llegada de los enanos a su casa invitados por Gandalf. Para mayor incomodidad de *El Hobbit*, cada vez se hace más claro que su intención es que Bilbo se una a ellos en una aventura peligrosa: liberar un tesoro de las garras de un dragón. Cuando Thorin Escudo de Roble analiza la naturaleza de la misión queda de manifiesto en qué consiste el mal del dragón. Los dragones roban el oro y las joyas y los protegen durante el resto de sus vidas, a pesar de que «nunca podrán disfrutar ni de un anillo de bronce». «En realidad apenas distinguen una pieza buena de una mala, aunque en general conocen bien el valor que tienen en el mercado; y no son capaces de hacer nada por sí mismos, ni siquiera arreglarse una escamita suelta en la armadura que llevan». La descripción de los dragones que hace Thorin se parece curiosamente a la de ciertos tipos de personas que todos nosotros conocemos; aquellos que, como el cínico de Óscar Wilde, conocen el precio de todo y el valor de nada. Desde el principio, por tanto, los dragones no son simplemente tales, sino que significan también una cierta actitud ante la vida y ante las cosas que es, en último término, malsana y que puede considerarse propiamente como una enfermedad.

Continuando con su discurso sobre la naturaleza de los dragones, Thorin le cuenta a Bilbo que los dragones «se llevaban gente, especialmente doncellas, para comerlas». Aquí, de nuevo, el significado profundo trasciende a la literalidad de devorar la carne fresca y joven de las doncellas. Los dragones no solo están hambrientos, sino que están malditos. Son la maldad. Desean la profanación de lo puro e inmaculado, la destrucción de lo virgen. Su afán devorador es una desfloración de las vírgenes. A nosotros, lectores, nos resulta fácil descubrir este tipo de «dragones» humanos en nuestro mundo más allá de la Tierra Media. La guerra contra el dragón no es una guerra contra un monstruo físico, como un dinosaurio, sino una batalla contra la maldad que encontramos en nuestro día a día. Cada uno se enfrenta a sus propios «dragones» diarios, y cada uno ha de defenderse de ellos y finalmente vencerlos. La realidad es que o te enfrentas a ellos o acabas siendo uno de ellos. No hay otra alternativa. Esta es la razón por la que la reunión inesperada al principio de *El Hobbit* se convierte en la partida inesperada de Bilbo y el abandono de todas las comodidades del hogar. A partir de ese momento, Bilbo pasa a ser el miembro de la expedición que más se lamenta por su nueva situación, quejándose de su «suerte» y sintiendo un gran resentimiento hacia Gandalf por irrumpir de ese modo en su vida de sonámbulo. Harán falta muchos días y una gran cantidad de obstáculos antes de que Bilbo llegue a darse cuenta de que Gandalf tenía razón, y que la aventura sería muy buena –y provechosa– para él.

5 James Hardy, ed., *The Denham Tracts, Volume 2*, London: Folklore Society, 1895.

### 3

## Confiando en la «suerte»

El primer peligro al que Bilbo y los enanos han de enfrentarse tras salir de La Comarca es el encuentro con tres trolls devoradores de hombres (y también de hobbits y de enanos). Bilbo logra escapar y ponerse a salvo y observa todo lo que ocurre desde detrás de unos espinos. Los enanos, sin embargo, son capturados y parecen destinados a servir de cena a los tres trolls. Todo parecía perdido hasta que una voz, que pronto entendemos que es la de Gandalf, comienza a imitar a la de los trolls, y los confunde haciendo que se peleen entre ellos. Cada uno de los trolls piensa que aquella voz es la de uno de los otros trolls, por lo que continúan discutiendo sobre la mejor manera de cocinar a los enanos durante largo tiempo. Tan absortos estaban que no se dan cuenta del primer rayo de sol que aparece en el horizonte y así los tres se convierten en piedra pues este es el destino de los trolls que no se resguardan en el interior de las montañas antes de que amanezca.

A pesar de tratarse de una situación de gran peligro para los personajes, el episodio entero juega con la trivialidad. Hay como una incongruente yuxtaposición entre la delicada situación en la que se encuentran los enanos y el cómico diálogo culinario entre los trolls, acentuado por sus nombres, Bill, Bert y Tom, y el lenguaje vulgar (*cockney*<sup>6</sup>) que utilizan. Parece como un insulto a la gravedad de la situación en la que se encuentran los compañeros de Bilbo. Bill incluso se da el apellido de «Huggins», recordando al lector el nombre de Henry Higgins (o ‘Enry ‘Iggins) del *Pigmalión* de George Bernard Shaw. Tolkien mantendrá también este dialecto *cockney* para los orcos de *El Señor de los Anillos*, y lo hará con una sutileza y destreza admirable, algo que apenas sucede en *El Hobbit*. ¡Eso sí, no cometerá el escandaloso error de dar a los Uruk-hai unos nombres vulgares con acento *cockney*!

La comicidad de esta escena podría haber sido mayor gracias a la imitación que hace Gandalf de las voces de los trolls, pero Tolkien no se lo permite para no oscurecer la seriedad del plan del mago, que necesitaba a toda costa retrasar a los trolls hasta la llegada del amanecer. Usando las propias palabras del mago cuando dice, en *El Señor de los Anillos*, que «a menudo el odio se vuelve contra sí mismo», Gandalf aprovecha la maldad de los trolls para usarla contra ellos mismos para destruirlos. Son criaturas que

vienen del mundo de la oscuridad, carecen de la virtud de la caridad y son propensos a las peleas, al igual que los orcos en *El Señor de los Anillos*. Gandalf se aprovecha de ello y emplea lo que se podría llamar una forma de *jiujitsu* espiritual. El mago utiliza contra los trolls su propia pecaminosidad. Caídos ya en el pecado, están demasiado dispuestos a caer en la locura que provocará su perdición.

El plan de Gandalf, que pretende retrasar a los trolls hasta que llegue el amanecer, es una reminiscencia de una obra de Hilaire Belloc, *Los cuatro hombres*, en la que narra la historia de san Dunstan. Resulta tentador ver la influencia del libro en este episodio de *El Hobbit*. Belloc cuenta la leyenda de san Dunstan, un monje del siglo X y Arzobispo de Canterbury, que se atrevió a hacer una apuesta con el diablo, pidiéndole que destruyera el condado de Sussex Weald cavando un gran agujero a lo largo de las montañas de South Downs, lo que provocaría que el mar inundara las tierras bajas de Sussex que se encontraban al otro lado. En su orgullo, el diablo le dijo que podría excavarlo en una sola noche y san Dunstan le hizo prometer que, si no lograba cumplir su cometido, tendría que dejar Sussex en paz. «Si no lo has terminado en el momento en que el gallo cante sobre Weald, te marcharás de aquí»<sup>7</sup>. Todo parecía presagiar que el diablo ganaría la apuesta. Cavó un cañón enorme en las montañas, conocido hoy en día como Devil's Dike, pero san Dunstan logró engañar al diablo rezando para que todos los gallos de Sussex cantaran antes de la hora habitual. Satanás fue burlado al creer que había llegado el alba y que, por tanto, había perdido la apuesta. Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde, había perdido un tiempo precioso, y cuando el sol apareció por el este: «Con un gran grito de rabia, el diablo se dio cuenta de que había perdido su apuesta»<sup>8</sup>.

El paralelismo entre las dos obras es evidente. En ambas se impide el cumplimiento de dos tareas que podríamos considerar diabólicas gracias al uso de «un engaño virtuoso» que dura hasta el amanecer y que permite el triunfo de las fuerzas del bien. Todo parece indicar que Tolkien conocía a la perfección la obra de Belloc. Los escritos de este autor y de su amigo Chesterton eran de lectura casi obligada para los jóvenes literatos católicos de la generación de Tolkien. Además, el período formativo del autor de *El Señor de los Anillos* coincidió exactamente con la época eduardiana, años en los que Belloc y Chesterton alcanzaron su máxima popularidad<sup>9</sup>.

La influencia de Chesterton sobre Tolkien está ampliamente documentada. Es algo evidente, por ejemplo, en las palabras de aprecio hacia la obra de Chesterton que hace Tolkien en su ensayo sobre los cuentos de hadas. Aunque la influencia de Belloc no es tan clara, la descripción que hace Tolkien de la tormenta de nieve en el paso de Calathras en *El Señor de los Anillos* guarda numerosas similitudes con la descripción que hace Belloc de una tormenta de nieve en los Alpes en *El camino de Roma*. El aprecio de Tolkien hacia Belloc es también evidente, por ejemplo, en la conversación que mantiene con el sacerdote jesuita Martin D'Arcy, a pesar de que Tolkien no simpatizaba con las ideas francófilas y germanófilas de Belloc<sup>10</sup>.

Así, a algunos lectores les puede parecer que este peligroso encontronazo con los trolls está tratado de manera trivial, al menos para aquellos que prefieren la seriedad de *El Señor de los Anillos* a la ligereza de *El Hobbit*. Pero eso no es todo, en el primer

encuentro de Bilbo con los elfos mantiene el mismo tono de falta de seriedad y de anticlímax. A los elfos se les anuncia por medio de «una canción como si fuera la risa de los árboles», lo que transmite algo de la mística de fantasía que Tolkien logra en su trilogía y más tarde en obras como *El herrero de Woolton Mayor*. El problema es que este efecto se pierde al instante siguiente por el descenso que se produce hacia el «tra-la-la-lari» trivial y banal de la canción que sigue. Hay indicios claros en *El Señor de los Anillos* de que los poderes élficos son impresionantes, como el paréntesis del narrador en el que nos dice que sería de tontos pensar que los elfos son tontos, pero esta advertencia solamente es necesaria debido a la forma tan vulgar en la que el autor los había presentado. Qué diferente es el primer encuentro de Bilbo con los «frívolos» elfos de *El Hobbit*, al primer encuentro de Frodo con los Altos Elfos en *El Señor de los Anillos*, que son anunciados con el himno a Elbereth. Este conmovedor canto, que contrasta con la patética cancioncilla cargada de trivialidad de *El Hobbit*, transmite a los oídos católicos la belleza del canto de la *Salve Regina*, con su reminiscencia al exilio de este mundo.

La diferencia y disonancia entre los dos relatos sorprenden hasta el punto de que podría considerarse que la llegada de los elfos en *El Hobbit* es un insulto a la sensibilidad del lector en la medida en que atenta contra la dignidad y solemnidad que muestran los elfos en la obra posterior de Tolkien. Este contraste sirve como un recordatorio de que lo mejor es leer los libros en el orden en que fueron escritos. Lo ideal sería leer *El Hobbit* en primer lugar, y así disfrutar de su encanto y de la estructura moral con que está escrito, antes de pasar a la obra posterior. Si se sigue este orden, se crece con la historia, llegando a una altura que solo está insinuada en *El Hobbit*. En cambio, la lectura de los libros en el orden inverso nos lleva inevitablemente a la decepción al ver que nuestras expectativas se estrellan contra las rocas de la ligereza y fantasía del narrador. Aun así, resulta injusto comparar estas dos obras aunque, como es obvio, la comparativa es inevitable.

Algo de la dignidad de los elfos se restaura una vez que Bilbo y Gandalf y los demás se encuentran con Elrond. Él identifica las espadas que habían encontrado en la guarida de los trolls gracias a la lectura de las runas grabadas en ellas y es un personaje altamente entendido sobre la historia antigua de la Tierra Media. Además de la riqueza de su conocimiento, hay un indicio claro de su gran sabiduría que se pondrá de manifiesto en *El Señor de los Anillos*. Se nos dice que Elrond «no está del todo de acuerdo con la obsesión que los enanos tienen por el oro», pero que «odia a los dragones y la cruel maldad que los domina». Estas pocas palabras no solo nos permiten visualizar la personalidad virtuosa de Elrond, sino que alude proféticamente al mal de dragón al que tanto enanos como dragones están expuestos. Lo más importante para el éxito final de los enanos y *El Hobbit* es la lectura que Elrond realiza del mapa que traían. La «suerte», es decir, la providencia, quiso que Elrond interpretara el mapa justo en la víspera del solsticio de verano cuando la luna estaba en su fase creciente, único momento en que las runas son visibles.

Veamos un poco más de cerca lo improbable que resulta el que Elrond leyera las runas justo en el único momento en que son visibles. Si se hubiera mostrado el mapa durante el

día o en cualquier otra noche del año, excepto en la víspera del solsticio de verano, esas «letras lunares» no habrían podido verse. Pero, si por casualidad hubieran visto el mapa justo esa noche, las letras habrían seguido siendo invisibles a menos que la luna estuviera en su fase creciente. Además, si, por una especialísima casualidad, se hubieran dado las circunstancias anteriores pero en ese momento el cielo hubiese estado nublado, y por tanto la luna no se viera, también habría sido imposible leer las letras lunares. Y, por su puesto, si la comitiva hubiera llegado a Rivendel un día después o un día antes, el momento habría pasado o todavía no habría llegado. ¡En resumen, las probabilidades en contra de estudiar el mapa en el momento preciso son astronómicas (en sentido literal y figurado)! Es evidente que tal coincidencia improbable va mucho más allá de los límites creíbles. Si creemos que todo el universo está gobernado por la casualidad (no es que el azar pueda gobernar nada, pero no seamos tan sutiles), la absoluta improbabilidad que se da en este relato reduce la credibilidad de la narración hasta niveles del absurdo. La única manera de dar sentido a tanta coincidencia, y que pueda ser creíble, es a través de la aceptación de la existencia de la mano invisible de la providencia. Gandalf, en las palabras que dirige a Frodo en *El Señor de los Anillos* acerca del hallazgo del Anillo por parte de Bilbo, acepta la existencia de esa mano providencial y de la Voluntad divina que dirige esa mano. Describe a Bilbo como «la persona que menos probabilidades tenía» de encontrar el Anillo. Gandalf llega a la conclusión de que «detrás de todo esto había algo más en juego y que escapaba a los propósitos del hacedor del Anillo: no puedo explicarlo más claramente sino diciendo que Bilbo estaba destinado a encontrar el Anillo, y no por voluntad del hacedor. En tal caso, tú también estarías destinado a tenerlo. Quizá la idea te ayude un poco».

Para aquellos que, como Tolkien y Gandalf, creen que las cosas están *destinadas* a suceder, no tienen ningún problema en creer que Elrond estuviera destinado a interpretar el mapa en ese preciso momento. «Suerte» no es solo casualidad, sino una evidencia de que el cosmos tiene un significado y un propósito. Esta es, por supuesto, la opinión de aquellos que creen en un orden sobrenatural de la realidad, pero será algo que no aceptarían los materialistas que creen que el azar es el único responsable de la magnitud y complejidad del cosmos. Encontramos aquí una deliciosa ironía que no podemos pasar sin comentarla. Los ateos que han leído *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos* se burlan de la improbabilidad y, por tanto, de la inverosimilitud de la «suerte» con la que suceden ciertas cosas. Lo sorprendente es que su propia filosofía materialista se basa en la creencia de que todo en realidad es producto de la «suerte», que es mil millones de veces menos probable y plausible que la lectura de Elrond de las letras lunares o que Bilbo hubiera encontrado el Anillo.

Si Elrond tuvo la aparente «suerte» de leer el mapa justo en el momento exacto en que las letras eran legibles, el significado críptico de las runas sugiere que los enanos y *El Hobbit* necesitarán una suerte aún mayor en su misión si querían tener éxito. «Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal», decía el mensaje, «y el sol poniente brillará sobre el ojo de la cerradura con las últimas luces del Día de Durin». Thorin le explica al sorprendido Elrond que el Día de Durin solo se produce en «el primer día de la

última luna de otoño en el umbral del invierno... cuando la última luna del otoño y el sol están juntos en el cielo».

Echemos de nuevo un vistazo más cercano a las probabilidades astronómicas contra las que se enfrentan para encontrar la llave. El grupo tendrá que llegar a la Montaña Solitaria a tiempo para la última luna de otoño. A continuación, tendrá que localizar «la piedra gris» en algún lugar de la montaña. Una vez hecho esto, tendrán que estar allí al atardecer y esperar que en ese año en particular el sol y la luna estén juntos y visibles en el cielo, lo que provocará que llegue el «Día de Durin» y el ojo de la cerradura sea iluminado por los últimos rayos del sol. Si, por alguna sorprendente «suerte», todas estas piezas del rompecabezas están en su lugar, no servirá para nada a menos que por «casualidad» un zorzal pase en el momento preciso y necesario. Las posibilidades de un escenario así están más allá de los límites de la creencia en un mundo en el que todo ocurre por mera casualidad y en el que no se puede confiar en la ayuda divina. En un mundo así, los enanos y *El Hobbit* habrían tirado sus armas en señal de rendición ante la imposibilidad de lograr su objetivo. Habrían vuelto a sus casas, desconsolados y desilusionados. Este no es, sin embargo, el tipo de mundo en el que viven. Si para hallar el ojo de la cerradura se necesita un milagro, deberán tener esperanza, deberán para ello asegurarse de llegar a tiempo a la Montaña Solitaria para ver ese «Día de Durin» y el milagro esperado. Es con esa esperanza en sus corazones con la que parten de Rivendel hacia el este y se dirigen a las montañas nubladas.

<sup>6</sup> Por habla *cockney* se entiende la de los habitantes de los bajos fondos de Londres y es, por tanto, un lenguaje vulgar y dialectal (N. del T.).

<sup>7</sup> Hilaire Belloc, *The Four Men* (London: Thomas Nelson & Sons, 1948 edn.), p. 35.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>9</sup> No es arriesgado asumir que Tolkien conocía la historia de san Dunstan narrada por Belloc, pero hay que conceder que Tolkien había leído muchas obras sobre el folclore y las tradiciones inglesas, especialmente lo relacionado con la Inglaterra sajona previa a la conquista normanda. Así, es probable que hubiera conocido diversas versiones de esta historia y habría sabido que la leyenda que Belloc atribuye a san Dunstan se suele atribuir con más frecuencia a san Cuthman.

<sup>10</sup> Martin C. D'Arcy, *Laughter and the Love of Friends: Reminiscences of the Distinguished English Priest and Philosopher* (Westminster, Maryland: Christian Classics, 1991), pp. 112–113.

## 4

### El ingenio de los tragos

Bilbo, Gandalf y los enanos siguen adelante subiendo entre las brumas de las montañas nubladas. Parece que la suerte les había abandonado cuando todos, excepto Gandalf, fueron capturados por un grupo de orcos, o de tragos, tal y como se les llama en *El Hobbit*. El narrador nos dice que «los tragos son crueles, malvados y de mal corazón. No hacen nada bonito, pero sí muchas cosas ingeniosas»:

Es probable que hayan inventado algunas de las máquinas que desde entonces preocupan al mundo, en especial ingeniosos aparatos que matan a enormes cantidades de gente de una vez, pues las ruedas y los motores y las explosiones siempre les encantaron, al igual que no trabajar con sus propias manos más de lo indispensable. Pero en aquellos días, y en aquellos parajes agrestes, no habían ido (como se dice) todavía tan lejos.

Hay mucho de la propia filosofía de Tolkien incrustado en el evidente desprecio que el narrador muestra por los tragos, y que es necesario entender si queremos comprender su obra. Para Tolkien, haciéndose eco de la opinión de los grandes filósofos griegos, lo bueno, lo verdadero y lo bello están inextricablemente entrelazados. En términos cristianos, la unidad y la indisolubilidad son un reflejo de la Trinidad, que es la fuente de toda bondad, verdad y belleza. Siendo esto así, los que son «crueles, malvados y de mal corazón» no van a realizar actos buenos, verdaderos o hermosos. El hecho de que los tragos actúen de manera «inteligente» indica que la inteligencia no es un garante de la bondad ni es necesariamente un medio para encontrar la verdad. La inteligencia puede ser utilizada para una causa mala o cruel, para tejer mentiras o para cometer una gran cantidad de pecados diversos. En ausencia de virtud y sabiduría, la inteligencia solo sirve para el mal. Está desvirtuada. El hecho de que a los tragos no les gusta trabajar con sus manos más de lo estrictamente indispensable ilustra su preferencia por la tecnología, que «adora el ahorro de mano de obra», y su desprecio por el trabajo manual que, al contrario, se deleita con la obra de sus manos. Se compara así la aversión de los tragos por la artesanía y el arte con el deleite del que disfrutaban los elfos, hobbits y enanos al realizar dichos trabajos. Por último, hay una carga de ironía en el comentario que hace entre paréntesis de las llamadas sociedades «avanzadas», pues Tolkien se considera escéptico acerca de los beneficios del «progreso» tecnológico.

A la luz de estas reflexiones filosóficas, es interesante la extrapolación que el narrador realiza de los trasgos de la Tierra Media aplicándolos a nuestro mundo. Saltando el abismo que existe entre el relato y la historia, entre ficción y realidad, el narrador sugiere que los trasgos serían probablemente los responsables de la invención de las armas de destrucción masiva que han supuesto «una preocupación para el mundo». Teniendo en cuenta que Tolkien fue un veterano de la Primera Guerra Mundial y había experimentado lo que describió como el «horror animal» de la guerra de trincheras<sup>11</sup> y «la matanza del Somme<sup>12</sup>», no es difícil imaginar que entre «los ingeniosos dispositivos para matar a un gran número de personas de una vez», inventados por los «trasgos» actuales, se incluyen tanques, ametralladoras, aviones y gases venenosos. A los diez años de la publicación de *El Hobbit*, a los «trasgos» de hoy en día también habría que atribuirles la invención de las cámaras de gas y de las bombas atómicas.

En una carta escrita en enero de 1945, durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, Tolkien lamentaba la falta de piedad que se mostraba a los millones de refugiados que huían hacia Occidente ante el avance del ejército soviético:

La espantosa destrucción y miseria de esta guerra van creciendo hora a hora... la gente se complace maligna cuando se entera de la existencia de interminables colas, de 40 millas de largo, de miserables refugiados, de mujeres y niños que se vuelcan en el Occidente y van muriendo por el camino. En esta oscura hora diabólica... No parece haber entrañas de piedad. Se suponía que habíamos llegado a una etapa de la civilización en la que todavía fuera necesario ejecutar a un criminal, pero no complacerse en ello, no colgar a su mujer y a su hijo junto a él mientras las multitudes claman... Bueno, la Primera Guerra de las Máquinas parece estar acercándose a su capítulo final y carente de conclusiones, dejando a todos, ¡ay!, más pobres; a muchos, desgraciados o mutilados; a millones, muertos, y solo una cosa triunfante: las Máquinas. Como los servidores de las Máquinas se están convirtiendo en una clase privilegiada, las Máquinas han de ser enormemente más poderosas. ¿Cuál es su próximo movimiento?<sup>13</sup>

El «paso siguiente», unos pocos meses más tarde, fue el lanzamiento de las bombas atómicas sobre civiles indefensos en Hiroshima y Nagasaki, seguido por los bandazos del mundo en la llamada Guerra Fría, en la que la estrategia general fue la llamada MAD (Destrucción Mutua Asegurada por sus siglas en inglés). Según Tolkien, no hubo ganadores en un mundo en el que los «trasgos» inventaron máquinas para masacrar a mujeres y niños, mientras que una multitud de otros «trasgos» daban su aprobación.

Podemos comparar la condena que el narrador hace de los trasgos con la cordura de los hobbits de la Comarca. El narrador nos informa en el prólogo de *El Señor de los Anillos* que los hobbits «son amantes de la paz, la tranquilidad y la bondad de la tierra labrada: un campo bien ordenado y bien cultivado era su lugar predilecto. Ellos ni hacen ni entienden de máquinas más allá de un fuelle de fragua, un molino de agua o un telar de mano, aunque son hábiles con las herramientas». Después de haber comparado la maliciosa y destructiva «inteligencia» de los trasgos y la sencillez suave y gentil de los hobbits, percibiremos que el conflicto que se da en *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos* entre los que sirven al mundo de las Sombras y los que caminan en la Luz, entre los

trolls, trasgos y dragones, por un lado, y los hobbits, enanos y elfos, por el otro, es en realidad una batalla entre dos civilizaciones, entre la cultura de la muerte y la cultura de la vida, que nos afecta más directamente de lo que puede parecer a simple vista. Sin embargo, tanto si los lectores se dan cuenta como si no, está muy claro que Tolkien entendía que sus historias eran aplicables al mundo en el que vivían sus lectores. *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos* son imágenes del mundo real, espejos que permiten a sus lectores ver sus propios problemas reflejados en las historias.

**11** Humphrey Carpenter, J. R. R. Tolkien: Una biografía (Minotauro, 1990).

**12** Humphrey Carpenter, ed., Cartas de J. R. R. Tolkien (Planeta DeAgostini, 2002).

**13** *Ibíd.*

## 5

### Gollum y el anillo

Tras la oportuna intervención de Gandalf, que permitió liberar a Bilbo y a los enanos, la comitiva comienza a huir por los túneles subterráneos de las Montañas Nubladas. Pero poco duraría su tranquilidad, puesto que los trasgos comienzan a perseguirlos para vengar la muerte de su líder, a quien Gandalf había matado. En medio del pánico y la confusión reinante, Bilbo se cae de la espalda del enano Dori, que había estado llevándole acuestas. Como consecuencia de la caída, Bilbo queda inconsciente durante un buen rato. Tiempo después se despertará totalmente solo y rodeado de la oscuridad más absoluta. Comienza a avanzar arrastrándose por el suelo «hasta que de repente su mano se topa con un pequeño anillo de metal que reposaba en el suelo del túnel». En ese momento, tal y como nos dice el narrador, se produce «un punto de inflexión» no solo para el propio Bilbo, sino para toda la Tierra Media, como comprobaremos en la trilogía posterior. Bilbo desconocía entonces los poderes del anillo y se lo coloca en el bolsillo casi sin pensarlo. No olvidemos que *El Hobbit* se encontraba solo en medio de la oscuridad y perdido en un interminable laberinto infestado de trasgos. Es de suponer que tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Totalmente abatido, comienza a buscar su pipa y se alegra al descubrir que no estaba rota. Su ánimo mejorará aún más cuando encuentre su bolsa de tabaco para pipa y perciba que todavía le queda un poco. Esto le reconforta, y se palpa en busca de cerillas, pero no encuentra ninguna, lo que «le hace perder completamente la esperanza». No es la primera vez que la mala suerte de Bilbo, tal como él la percibe, es buena «suerte». Más tarde, cuando recapacite, se dará cuenta de lo que habría podido suceder si hubiese encendido una cerilla. «Dios sabe lo que una cerilla y el olor a tabaco hubiese atraído desde las tinieblas hasta ese terrible lugar». Fue un golpe de suerte el hecho de no haber podido encender las cerillas. Una vez más, es posible descubrir algo más de «suerte» en la Tierra Media que lo que se percibe a primera vista. Si Bilbo estaba destinado a encontrar el Anillo, tal y como Gandalf le diría a Frodo más tarde, entonces lo más probable es que no estuviera *destinado* a encontrar las cerillas. Incluso en la situación tan desesperada en la que se encontraba, atrapado en el reino de los trasgos en la profundidad de la montaña, una Presencia invisible y bondadosa cuidaba de él y le ayudaba con su mano providencial.

A punto de dejarse vencer por la desesperación, Bilbo se interna más y más en las profundidades del laberinto subterráneo, cabeceando en la extraña oscuridad que le envuelve. De repente llega hasta un lago de agua helada que nunca había visto la luz del sol. En él habitaba «el viejo Gollum, una pequeña criatura... tan oscuro como la oscuridad excepto por sus dos grandes ojos redondos y pálidos en su delgada cara». Gollum le dice a Bilbo que, si consigue vencerle en el juego de los acertijos, él le enseñaría el camino de salida del laberinto, pero, si *El Hobbit* pierde, Gollum se lo comería. El juego es un asunto de vida o muerte para el desventurado hobbit, que no tiene más remedio que aceptar la oferta. Las posibilidades de encontrar él mismo el camino para salir con vida de aquellos túneles y el temor ante una muerte lenta por inanición, solo y en la oscuridad, le lleva a aceptar las reglas del peligroso juego que Gollum le propone.

Este episodio, la guerra de ingenio en la que participan Bilbo y Gollum, es una de las partes más memorables, emocionantes y apasionantes de *El Hobbit*. Se basa en gran medida en el conocimiento que Tolkien poseía de viejas adivinanzas en inglés, con lo que demuestra una mayor preferencia por sus antepasados sajones cristianos, que por su propia generación, tan carente de fe. Las adivinanzas eran un pasatiempo muy popular entre los anglosajones, especialmente en los monasterios. Existen colecciones de acertijos compuestos en latín por tres santos católicos: san Aldhelm, Obispo de She'borne, san Tatwin, Arzobispo de Canterbury, y san Hwaetberht, abad de Wearmouth y amigo de san Beda. También se conserva una colección de 95 adivinanzas recogidas en el *Libro de Exeter*, escritas en inglés antiguo y que eran bien conocidas por Tolkien.

Después de varios cruces de acertijos, Gollum le propone a Bilbo uno con el que parece que va a derrotarle:

Todos viven sin aliento;

Y fríos como los muertos,

Nunca con sed, siempre bebiendo,

Todos en malla, siempre en silencio.

Tratando desesperadamente de encontrar la respuesta, Bilbo pide más tiempo. Para ello le recuerda a Gollum que él había hecho lo mismo cuando la criatura lo había solicitado en la anterior adivinanza. Gollum, sin embargo, no está interesado en devolverle el favor, argumentando que se sale de las reglas acordadas. Bilbo «¡debe darse prisa, prisa!». Como para enfatizar la necesidad de apresurarse, Gollum baja de su bote y comienza a aproximarse a Bilbo para reclamar su «premio». Al poner un pie en el agua, un pez salta asustado y aterriza justo ante *El Hobbit*. Este hecho le llega como una inspiración y responde a la pregunta de la criatura. «Peces, peces», exclama. «¡Son los peces!».

Una vez más, la «suerte», «la fortuna parcial» acompaña a Bilbo. Cabe señalar en este punto que Gollum tiene la culpa de su mala suerte. Si hubiese actuado honradamente, dándole a Bilbo el tiempo extra que este mismo le había dejado anteriormente, y por tanto se lo debía, no habría pisado el agua para reclamar su premio y, por tanto, Bilbo no habría tenido esa inspiración. Aquí recordamos las palabras de Gandalf cuando le dice a Bilbo que «a menudo el odio se vuelve contra sí mismo» y el epigrama de Theoden: «el daño del mal recae a menudo sobre el propio mal», y nos damos cuenta de que se prueban correctas de nuevo.

Esa «fortuna parcial» no solo favorece a aquellos que tratan de vivir honradamente, como recompensa a sus méritos, sino que, para aquellos que podemos considerar malos, esta «fortuna parcial» favorece que sus propios actos malévolos sean los causantes de su ruina.

Habiendo contestado correctamente el siguiente acertijo de Bilbo, Gollum le plantea otro todavía más complicado:

Devora todas las cosas:

Aves, bestias, plantas y flores;

Roe el hierro, muerde el acero,

Y pulveriza la peña compacta;

Mata reyes, arruina ciudades

Y derriba las altas montañas.

Por segunda vez, Gollum vuelve a saborear la victoria, pero, por segunda vez, su impaciencia le traiciona. Como Bilbo vuelve a demorarse en la solución, Gollum comienza a acercarse de nuevo remando en su bote. Al oír que se aproxima, pero sin saber a qué distancia está, *El Hobbit* lleno de pánico intenta gritar: «¡Dame más tiempo! ¡Dame más tiempo!», pero la lengua parece pegada a su paladar y lo único que sale de sus labios es «¡Tiempo! ¡Tiempo!». Bilbo se salva por «pura suerte», ya que esa palabra era la respuesta al acertijo. *El Hobbit* se salva gracias a la ayuda «exterior», pero también gracias a los errores de Gollum.

Este enigma en particular tiene una importancia mayor que los demás. En él resuena uno de los temas principales de la obra de Tolkien: la mortalidad, el cambio y los estragos del tiempo. También acentúa el ambiente anglosajón propio de los enigmas al evocar la melancolía de los viejos poemas ingleses, como «La Ruina», «La gente del mar» o «El vagabundo»<sup>14</sup>. Este último nos hace recordar que «en esta tierra media el día crece y luego cae». También evoca las consideraciones melancólicas de Galadriel en *El Señor de los Anillos*, sobre la «larga derrota» del Tiempo, en la que la virtud atemporal sostiene una lucha infatigable con la decadencia entrópica de un cosmos caído. Tolkien,

haciéndose eco de la voz de Galadriel, escribió en una de sus cartas: «Soy, en efecto, cristiano, de modo que no espero que la historia sea otra cosa que una larga derrota, aunque contenga (y una leyenda lo puede contener más clara y conmovedoramente) algunas muestras o atisbos de la Victoria final»<sup>15</sup>. Por lo tanto, para el sabio, como Tolkien y Galadriel, la historia de los humanos, o de los elfos, es una larga derrota contra los estragos del tiempo y del mal, pero que contiene atisbos de una victoria final para aquellos que miran con ojos de fe y esperanza. Además, en las leyendas que Tolkien crea, como *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*, estos atisbos de victoria final pueden verse de un modo «más claro y conmovedor» a través de esa «fortuna parcial» y esa «suerte», que siempre prevalece frente a las situaciones que parecen imposibles.

La «suerte» continúa presente en el juego de los acertijos cuando Gollum, cada vez más enojado y hambriento, comienza a enfadarse y decide no volver a su bote, tal y como venía haciendo anteriormente. Decide quedarse en cuclillas cerca del asustado Bilbo. La presencia y la cercanía de la criatura pone tan nervioso al hobbit que le impide pensar en otra adivinanza. Agarrando firmemente la espada con una mano, con la otra se toca el bolsillo y se sorprende al sentir el Anillo, del que se había olvidado por completo. «¿Qué tengo en el bolsillo?», dice en voz alta. Más como una pregunta para sí mismo al descubrir de pronto el Anillo que un acertijo para Gollum. La miserable criatura, en cambio, se toma la pregunta como si estuviera dirigida a él y se queja con razón, puesto que la cuestión planteada no es un acertijo. Bilbo, incapaz de pensar en otra cosa, se mantiene firme repitiendo la pregunta una y otra vez, cada vez en voz más alta. Gollum exige disponer de tres intentos como compensación ante la injusta pregunta. Su primera respuesta son «las manos». Habría acertado si no fuera porque Bilbo «afortunadamente las había retirado de sus bolsillos un momento antes». Después de fallar dos veces más, Gollum pierde el juego. Bilbo le exige que cumpla su parte del trato y le muestre la salida del laberinto. Pero la criatura no tiene intención alguna de cumplir su promesa y decide volver a su isla del lago a buscar el Anillo, creyendo que aún seguiría allí y sin saber que ahora estaba en el bolsillo de Bilbo. Es en este punto cuando el narrador nos cuenta que el Anillo tiene el poder de volver invisible a su portador. Hay, sin embargo, una nota incongruente en esta parte del relato porque parece que Gollum quiere el Anillo porque así piensa que será más fácil matar a Bilbo, ya que tiene miedo de que este le ataque con la espada que lleva. Cree que estará seguro si Bilbo no es capaz de verle. Pero, dado que se encuentran en plena oscuridad, ¿qué ventaja le supondría llevar el Anillo?

Al margen de este error, el autor nos descubre que el anillo hace que el portador sea poseído por el «mal del dragón», dominándole hasta que lo posee completamente. Hacía tiempo que Gollum había dejado de luchar contra el poder que el anillo ejercía sobre él, como una persona atrapada en una adicción que no desea. La historia nos cuenta que la criatura solía llevar el anillo hasta que se cansó de él, y desde entonces lo llevaba en una bolsa pegada al cuerpo, pero acaba molestándole también. Finalmente opta por esconderlo en un agujero de su isla, pero «siempre volvía para mirarlo». De vez en cuando todavía lo llevaba encima, «cuando ya no podía soportar estar más tiempo

separado de él» o cuando el hambre le obligaba a aventurarse en territorio trasgo para apoderarse de alguno, momentos en que su poder para volverse invisible se hacía muy útil.

Por primera vez, aunque de manera breve e implícita, se nos habla de la relación con el Señor Oscuro que gobierna el Anillo. El narrador lo menciona de pasada, como «el Señor que los gobernaba», en referencia a Gollum y el Anillo. Aquí se indica cómo se vuelven adictos al poder del Anillo, que los convierte en esclavos de la voluntad del Señor Oscuro. Aunque en *El Hobbit* no se menciona en ningún momento el nombre de Sauron, se utilizan otros términos como el de «Maestro» o «Nigromante» pues en su cabeza ya estaba germinando su otra obra épica posterior.

Al descubrir con horror que el anillo se había perdido, Gollum adivina pronto que lo que Bilbo tenía en su bolsillo era en realidad su precioso anillo. Totalmente enfurecido, Gollum olvida su miedo a la espada de Bilbo y va a por él con la clara intención de matarlo para recuperar su objeto perdido. *El Hobbit* huye presa del pánico con Gollum pisándole los talones. Casi inconscientemente, Bilbo se mete la mano en el bolsillo «y el Anillo, que estaba muy frío, se introduce en uno de sus dedos». Es como si el Anillo hubiera deseado voluntariamente entrar en contacto con Bilbo e introducirse en uno de sus dedos. Una vez más se nos recuerdan las palabras de Gandalf cuando dice que Bilbo estaba *destinado* a encontrar el Anillo. El Señor Oscuro quiere recuperarlo, y para eso utiliza a Bilbo como agente involuntario para arrebatárselo a Gollum, que no lo quiere soltar. Pero, como supone Gandalf, «detrás de todo esto había algo más en juego, y que escapaba a los propósitos del hacedor del Anillo».

Siguiendo en el profundo nivel teológico que percibe Gandalf, el Amo del Anillo es asimismo un agente involuntario del único Dios, a quien Tolkien en *El Silmarillion* llama Ilúvatar (El Padre de Todo o Padre de Todos). Hay que entender que la sumisión definitiva del mal a la voluntad de Dios se encuentra en el corazón mismo de lo que hemos denominado «fortuna parcial» de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*. Nos será muy útil para dedicar un poco de tiempo a entender la teología cristiana de Tolkien, tal y como la expresa en *El Silmarillion*.

En la historia de la Creación, tal y como se cuenta en *El Silmarillion*, Satanás (llamado Melkor) provoca la desarmonía en la Creación de la Gran Música de Dios, entretejiendo sus propios pensamientos egoístas. Su mayor deseo es que sea su voluntad y no la de Dios la que se cumpla. Dios responde a la acción de Melkor engarzando sus canciones discordantes en unas melodías nuevas y majestuosas y más hermosas de lo que Melkor hubiera podido imaginar nunca: «Y tú, Melkor, verás que ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda y que nadie puede alterar la música a mi pesar. Porque aquel que lo intente probará que es solo mi instrumento para la creación de cosas más maravillosas todavía, que él no ha imaginado»<sup>16</sup>.

Estas palabras de Dios a Satanás en el relato de Tolkien sobre la historia de la Creación nos ayudan a entender las ideas de «suerte» y «fortuna parcial» de su obra. En última instancia, toda maldad *proyectada* por los personajes malvados servirán al gran bien *proyectado* por Dios. Bilbo está *destinado* a encontrar el Anillo, y es un proyecto

del Amo del Anillo (Sauron), pero al mismo tiempo está cumpliendo el *designio* del Único Dios que es, en fin, el Señor de Señores. Es en este nivel central donde encontramos el significado más profundo de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*.

Bilbo tropieza a causa de la oscuridad, sin saber que el Anillo le ha hecho invisible. Caer de cabeza justo en el momento en que Gollum llega a su lado pero sorprendentemente pasa de largo totalmente enfurecido. Gracias a que el Anillo se introdujo por sí mismo en el dedo de Bilbo, se ha salvado de caer en las manos de Gollum, y así ha salvado al hobbit de una muerte casi segura. Sin darse cuenta, Gollum está guiando a Bilbo hacia la salida, pues este va siguiéndole detrás sin que pueda verle.

No atreviéndose a ir más lejos por temor a los tragos, sobre todo porque ya no tenía la capacidad de volverse invisible, Gollum se pone en cuclillas a esperar a Bilbo bloqueando la salida. *El Hobbit* llega a la conclusión de que tendrá que matar a la criatura para poder huir. Justifica esta medida por la situación tan desesperada en la que se encuentra y la necesidad de huir de esa prisión subterránea. Además, Gollum había manifestado su clara intención de matarlo. Lejos de llevar a cabo su decisión, la conciencia empieza a atormentar a Bilbo. No sería una pelea justa, puesto que él es invisible y tiene una espada mientras que Gollum está desarmado. Aparte de estas consideraciones sobre la equidad o la justicia, nos encontramos con la capacidad de mostrar piedad o misericordia hacia Gollum, al que Bilbo ve como «miserable, solo, perdido»:

Una súbita comprensión, una piedad mezclada con horror se asomó en el corazón de Bilbo: un destello de interminables días iguales, sin luz ni esperanza de algo mejor, dura piedra, frío pescado, pasos furtivos y susurros. Todos estos pensamientos se le cruzaron como un relámpago».

La importancia moral y práctica de este acto de piedad y misericordia la pone de manifiesto Gandalf en *El Señor de los Anillos*, respondiendo al comentario de Frodo cuando señala que «fue una lástima que Bilbo no acuchillara a esa vil criatura cuando tuvo la oportunidad». El mago se sorprende: «¿Lástima?», replica. «Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad. Y ha sido bien recompensado, Frodo; puedes estar seguro: la maldad lo rozó apenas y al fin pudo escapar por el modo en que tomó posesión del Anillo, con lástima». En estas pocas palabras el autor nos señala la diferencia entre la «fortuna parcial» de la Providencia, que conecta con la cooperación de la voluntad individual, y el determinismo robótico de la predestinación por el que una persona se «salva» independientemente de lo que haga. La fuga de Bilbo no estaba predestinada, sino que dependía, en parte, de sus propias acciones. El motivo por el que finalmente logra escapar se debe a una correcta toma de decisiones. Aunque Gandalf parece estar refiriéndose a las consecuencias a largo plazo de la acción de Bilbo, no deja pasar que, si *El Hobbit* hubiese decidido luchar contra Gollum, podría haber muerto o haber sido capturado y asesinado por los tragos. Al elegir no acabar con la vida de Gollum, inconscientemente Bilbo ha salvado la suya.

Volviendo a las consecuencias a largo plazo de la decisión de Bilbo, Gandalf le explica a Frodo que el destino de la búsqueda del Anillo para destruirlo dependía de que Bilbo superara la situación a la que se había puesto a prueba su virtud. «El corazón me dice que (Gollum) todavía tiene un papel que desempeñar, para bien o para mal, antes del fin y, cuando este llegue, la misericordia de Bilbo puede determinar el destino de muchos, no menos que el tuyo». Estas palabras de Gandalf son las de un profeta.

Cuando a Frodo, en el Monte del Destino, le falla la voluntad y no puede destruir el Anillo, Gollum hace su aparición y salva a Frodo. Evidentemente, a nadie se le escapa que esta intervención no habría sido posible si Bilbo hubiese matado a «esa vil criatura cuando tuvo la oportunidad». Con este ejemplo gráfico se nos recuerda que no solo las malas acciones tienen consecuencias. También las tienen las buenas acciones. La economía de la gracia que gobierna el cosmos se asegura de que la virtud sea finalmente recompensada y que el pecado sea castigado.

Bilbo opta por saltar por encima de Gollum en vez de matarlo, y su elección se ve recompensada por otro golpe de «suerte», ya que, sin él saberlo, en la oscuridad «estuvo a punto de que se le destrozara el cráneo contra el arco del túnel». Con Gollum maldiciéndole a sus espaldas, Bilbo se topa con un grupo de trasgos que acudían, sin duda, alertados por los ecos de los gritos de Gollum resonando en los pasadizos. En ese mismo momento, el anillo se escapa del dedo de Bilbo y este queda al descubierto. «Si fue un accidente, o un último truco del anillo antes de que tomara un nuevo amo, no estaba en su dedo». Al ver este incidente con la perspectiva de su trilogía posterior, no podemos evitar pensar que se trataba de la voluntad de Sauron actuando sobre el Anillo, con la intención de que pasase a manos de los trasgos y así volviera a él antes o después. En el último momento, Bilbo se coloca de nuevo el anillo y logra escapar.

Este sencillo último «truco del anillo» es prácticamente la última vez en que se nos muestra en *El Hobbit* el siniestro poder que más tarde ejercerá el Anillo en los relatos posteriores. A medida que la aventura va avanzando, el papel del Anillo queda relegado al de una simple herramienta que Bilbo utiliza con gran éxito. Sin duda, es por lo que Tolkien escribe «anillo» con minúsculas en *El Hobbit*, mientras que en *El Señor de los Anillos* utiliza la mayúscula. Siguiendo el ejemplo de Tolkien, a partir de ahora usaremos la minúscula para referirnos al «anillo» mientras acompañamos a Bilbo en su camino hacia la Montaña Solitaria.

<sup>14</sup> Michael Alexander (traductor), *The Earliest English Poems* (Harmondsworth: Penguin Classics, 1966).

<sup>15</sup> Humphrey Carpenter, ed., *Cartas de J. R. R. Tolkien* (Planeta DeAgostini, 2002).

16 J. R. R. Tolkien, *El Silmarillion* (Minotauro 2009).

## 6

### La mayoría de edad de Bilbo

La relación mística que existe entre buenas elecciones y recompensa de la providencia continúa en el siguiente capítulo en el que Bilbo sostiene una lucha interior en su conciencia sobre si debería volver o no a los túneles infestados de trasgos para tratar de rescatar a sus amigos, aprovechando que tiene el poder del anillo para volverse invisible. Teniendo en cuenta la terrible experiencia por la que acaba de pasar, podría entenderse que Bilbo se hubiese dejado dominar por el pánico. Sin embargo, *El Hobbit* pasa la prueba y es capaz de sobreponerse a sus miedos y volver al túnel, demostrando así que está dispuesto a dar la vida por sus amigos, que es la prueba de amor más grande de todas. Apenas había decidido dar su vida, si fuera necesario, cuando su valentía es premiada al escuchar las voces de sus amigos. Todos ellos habían logrado escapar de la terrible prisión subterránea, así que ¡no había llegado aún la hora de su muerte!

Mientras se acerca a ellos, Bilbo escucha cómo Gandalf pone a prueba a los enanos de un modo similar a la prueba que él había superado. El mago insiste en que hay que regresar a los túneles para descubrir si Bilbo sigue vivo y, si es así, tratar de rescatarlo. Los enanos no se muestran conformes y culpan a Gandalf por haberles hecho traer a un «hobbit inútil» a la aventura. Justo en ese momento, Bilbo se quita el anillo y aparece en medio de ellos. Los enanos quedan visiblemente sorprendidos y empiezan a preguntarse si *El Hobbit* es realmente tan «inútil» como acababan de señalar.

Al preguntarle los enanos cómo se había escapado, les dice simplemente que «tan solo me fui arrastrando... con mucho cuidado y en silencio», omitiendo cualquier detalle sobre el anillo. Como deseaban conocer más detalles, les cuenta toda la historia de su aventura en los túneles, «excepto el hallazgo del anillo (no por ahora, pensó)». A pesar de que esta reticencia a contar su secreto pueda considerarse como una prueba más del poder oscuro del anillo, parece que tiene más que ver con el «mal del dragón», que reaparecerá más tarde cuando Bilbo no sea capaz de divulgar su posesión de la piedra del Arca. Aunque de momento no parecen ser la causa principal del problema, el poder del anillo y «la enfermedad del dragón» no están exentos de culpa, pues ambos tienen su raíz en un deseo pecaminoso de poder, motivado por un orgulloso egocentrismo. Pero no encontramos por ahora ninguna sugerencia de que Sauron, el Señor Oscuro (como se le

nombra en las pocas veces que se habla de él en *El Hobbit*), esté ejerciendo su voluntad oscura sobre el anillo y su portador. Por el contrario, el hecho de que Bilbo «solo se rió por dentro» la primera vez que decide mantener en secreto el anillo nos sugiere que lo hizo simplemente para tener un as en la manga. Este secreto contenía sus propios peligros, pero en este libro no se nos muestra su verdadera maldad.

Aunque el secreto que mantiene Bilbo sobre el anillo no indica necesariamente que esté siendo dominado por su siniestro poder, sí que nos sirve para poner de manifiesto el verdadero poder de Gandalf. Tras terminar Bilbo de contar su historia con todo detalle, excepto la parte crucial que se refería al anillo, Gandalf se ríe y exclama: «creo que el señor Bolsón tiene más de lo que aparenta». Las palabras de Gandalf indican que sospecha que Bilbo tiene un secreto. Una suposición que se refuerza cuando Gandalf lanza a Bilbo «una extraña mirada bajo sus pobladas cejas», haciendo que «*El Hobbit* se preguntara si el mago» había adivinado que a su historia le faltaba alguna parte. Como Bilbo no le ha contado a Gandalf su secreto, hay dos conjeturas posibles. La primera es que el mago adivina que *El Hobbit* tiene en su poder un anillo mágico como la única explicación posible a su aparición repentina y misteriosa; la segunda es que su conocimiento tiene un origen preternatural. Según esta última suposición, podríamos decir que Gandalf posee un conocimiento casi divino. Pero en otras partes de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*, se deja claro que Gandalf no posee la omnisciencia divina. Es un hombre sabio, y en ocasiones parece que su conocimiento no es de este mundo, pero no lo sabe todo.

Este nivel de conocimiento nos recuerda al poder de los ángeles, un poder sobrenatural superior al de los hombres (o de los hobbits, enanos y elfos), pero inferior al de Dios mismo. Aunque estas cualidades angelicales nunca se hacen explícitas ni en *El Hobbit* ni en *El Señor de los Anillos*, gracias al *Legendarium* de Tolkien sabemos que Gandalf es miembro de una orden de ángeles conocida como los Istari. Por tanto, no es un mero mago, sino que es un ángel de la guarda, protector de Bilbo y de los enanos y del conjunto de la Tierra Media frente al poder oscuro del enemigo.

El papel de Gandalf volverá a manifestarse un poco más tarde, después de otro encuentro casi fatal con los trasgos y el rescate de las águilas. En ese momento anuncia a Bilbo y a los enanos que pronto se despedirá de ellos: «Mi intención ha sido siempre manteneros a salvo (si era posible) a través de las montañas, y gracias al trabajo y a la buena suerte lo he conseguido». Han superado los peligros de las Montañas Nubladas gracias a una combinación entre sus propias acciones y la «buena suerte», confirmando la interacción mística que existe entre el libre albedrío (buen trabajo) y la gracia (buena «suerte»).

Antes de marcharse para atender un asunto personal urgente, del que sabremos más adelante, Gandalf les presenta a Bilbo y a los enanos a *Beorn*, un misterioso personaje con un poder que le permite transformarse en hombre o en oso. En cierta medida parece manifestar el profundo aprecio que Tolkien sentía por la naturaleza como obra de Dios. Esta reverencia actúa como una imagen de la espiritualidad franciscana y se asemeja a la acción de Radagast en *El Señor de los Anillos*<sup>17</sup>. De hecho, la conexión entre *Beorn* y

Radagast se explicita en *El Hobbit* cuando Gandalf presenta al hombre–oso como primo de Radagast. *Beorn*, que no se caracteriza precisamente por hacer cumplidos, responde que Radagast «no es malo como mago» y que él «suele verle de vez en cuando». Aunque Radagast no hace acto de presencia en *El Hobbit*, es vecino de *Beorn* y reside en los Valles del Anduin, entre Carrock y el Camino del Bosque Viejo. Dejando estas relaciones a un lado, Tolkien expresa los lazos entre *Beorn*, Radagast y la espiritualidad franciscana de un modo lingüístico, a través de la relación etimológica entre estas palabras.

Radagast significa «sensible a las bestias» en el lenguaje Adûnaico inventado por Tolkien; y el nombre original de Radagast, Aiwendil, significa «pájaro-amigo» en Quenya (lenguaje también inventado por Tolkien). Esta última definición posee una clara conexión con san Francisco de Asís. Al igual que *Beorn* y san Francisco, Radagast siente un aprecio casi místico por las fieras, la fauna y la flora como obra creada por Dios. Radagast se comunica con los pájaros, lo que nos trae un eco de la leyenda sobre san Francisco de Asís, que predicaba a los pájaros; se le describe como «un maestro de las formas y de los cambios de tono», que lo relaciona con *Beorn*, quien puede cambiar de forma. La simplicidad de Radagast hace que Saruman en su orgullo lo despida con desprecio contenido llamándole «¡Radagast el domador de pájaros! ¡Radagast el simple! ¡Radagast el tonto!». Lo mismo les sucedía a los contemporáneos de san Francisco en el siglo XIII. El santo no se sorprendía ante tales insultos, ya que se consideraba a sí mismo como el juglar de Dios y un tonto por Cristo.

Las conexiones etimológicas con el nombre de *Beorn* son igualmente intrigantes, y muestran el profundo conocimiento que tenía Tolkien de las lenguas antiguas del norte de Europa. Mientras que *Beorn* significa «hombre» o «guerrero» en inglés antiguo; *bjorn* significa «oso» en el noruego antiguo. En la literatura noruega antigua, «La saga de Hrolf Kraki» cuenta la historia de un personaje llamado *Beorn* que, al igual que su homónimo en *El Hobbit*, podía transformarse en oso. *Beorn* también está vinculado a la obra épica inglesa *Beowulf*. En inglés antiguo, *beo* significa «abeja» y *wulf* significa «lobo». Por tanto, el nombre de *Beowulf* significa «lobo de abejas» o «lobo–abeja», un eufemismo para definir a un oso como un «devorador de miel»<sup>18</sup>. *Beorn*, que cuida sus panales, vive una vida sencilla y tranquila en armonía con la naturaleza, una mezcla entre el estilo franciscano de la vida de Radagast y el de los temibles guerreros que contaban las antiguas epopeyas inglesas y las viejas sagas nórdicas. El primero es el que le caracteriza, por eso *Beorn* desconectará de la conversación cuando los enanos comienzan a hablar de su amor por el oro, la plata, las joyas y la «elaboración de objetos de forja». Se nos dice que *Beorn* «no parecía interesarse por esos temas: en su casa no había oro ni plata, y había muy pocos cuchillos que fueran de metal». Está claro que a *Beorn*, en su simplicidad franciscana, no va a afectarle con mucha probabilidad el «mal del dragón». Todo lo contrario que a los enanos, que pronto serán víctimas de ese mal.

Posiblemente el aspecto más enigmático del papel de *Beorn* en *El Hobbit* sea la forma en la que aparece, casi como una metáfora de la misión de Gandalf en la historia, una figura paternal y guardián de Bilbo y los enanos. Gandalf acompañará al hobbit y a los

enanos hasta el borde del Bosque Negro, donde les recuerda que tienen que soltar a los ponis que *Beorn* les había prestado antes de entrar al bosque. Como los enanos protestan y no quieren deshacerse de sus bestias de carga, el mago debe recordarles que «*Beorn* no está tan lejos como crees, y es mejor que mantengas tus promesas». Aunque los enanos no pueden verlo, Gandalf les dice que *Beorn*, en forma de oso, lleva todas las noches siguiéndoles y observándoles mientras dormían. No solo para «protegeros y guiaros», sino también para asegurarse de que cumplen su promesa y entonces liberan a los animales. Es ahora cuando Gandalf les dice que tiene que dejarlos para atender «unos asuntos urgentes en el sur». Aunque no podemos dudar de que Gandalf tenga «asuntos urgentes en el sur», especialmente porque Mordor está en esa dirección, parece evidente que, en cierto sentido, siempre permanecerá pendiente de ellos para acudir cuando más lo necesiten, al igual que *Beorn*. De hecho, después de esto, Bilbo y los enanos se dan cuenta de que lo mejor es cumplir su parte del trato o sufrir unas consecuencias muy desagradables.

A modo de consejo de despedida, Gandalf les dice que su éxito dependerá «de la suerte y de su valor y esfuerzo». Ya sabemos que la «suerte» es un eufemismo para referirse a la presencia de una providencia que premia la virtud y castiga el vicio. El valor y el esfuerzo nos indican el papel del libre albedrío en el éxito o el fracaso de la misión. No hay nada garantizado. El futuro depende de la fe y la esperanza que pongamos en la providencia, junto a nuestros actos virtuosos. Por el contrario, caer en la locura podría suponer el fracaso total. Otra prueba de los poderes proféticos de Gandalf se ve cuando les recuerda a los enanos que está enviando a Bilbo con ellos: «Os dije antes que tiene en su interior más de lo que aparenta, y más tarde lo descubriréis».

Después de que Bilbo pregunte si hay alguna otra manera de llegar a la Montaña Solitaria sin tener que enfrentarse a la oscuridad y los peligros del Bosque Negro, Gandalf le dice que las Montañas Grises hacia el norte están llenas de «orcos de la peor especie» y que hacia el sur se entra en «la tierra del Nigromante, y ni siquiera tú, Bilbo, necesitas que te cuente historias del hechicero negro. ¡No os aconsejo que os acerquéis a los lugares dominados por esa torre sombría!». No hace falta recordar que Gandalf ha anunciado que él mismo viajará al sur y que todos nos preguntamos con curiosidad por la naturaleza del «negocio» que Gandalf pudiera tener con Sauron, el Nigromante. En pocos años, Tolkien nos deleitará tejiendo un relato épico sobre la batalla de Gandalf con el Nigromante, algo que apenas se nos insinúa en el libro anterior. Pero no se nos dice nada más. Nos quedamos, sin embargo, con las últimas palabras de Gandalf cuando les aconseja: «Manteneos en el sendero del bosque, conservad vuestro ánimo, esperad siempre lo mejor y con una tremenda porción de suerte puede que un día salgáis y encontréis los Pantanos Largos justo debajo...». En efecto, el mago les dice que procedan con fe y esperanza, pero les advierte que todavía necesitarán un milagro para superar su misión. No es de extrañar que Thorin lance unos gruñidos de desconsuelo ante el oscuro panorama que les ofrece. Las últimas palabras de Gandalf no pueden ser más claras e inequívocas: «¡Adiós! Sed buenos, cuidaos... ¡Y NO ABANDONÉIS EL SENDERO!». Vemos a Gandalf como la figura paternal arquetípica que aconseja a sus

«hijos» mientras se embarcan en un viaje en el que no puede estar presente, y les pide *que sean buenos, que tengan cuidado y no hagan nada estúpido*. El consejo tiene una clara orientación cristiana que el lenguaje del día a día puede ocultar si no se le presta la suficiente atención. Ser bueno, es decir, virtuoso, es el requisito previo para el éxito, mientras que tener cuidado implica la necesidad de practicar las virtudes cardinales de la prudencia y la templanza. Lo más importante es cuando les exhorta a no dejar, bajo ninguna circunstancia, el camino marcado, lo que recuerda a las palabras de Cristo: «Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella» (*Mateo 7, 13*).

A pesar del énfasis del consejo del mago, Bilbo y los enanos se ven tentados a dejar el camino tan pronto como el hambre empieza a atazarles y a lo lejos oyen los sonidos de fiesta de los elfos junto a una luz de bienvenida que atrae su atención. Aunque Thorin les recuerda que la fiesta no les hará ningún bien «si no salimos vivos de allí», la tentación del hambre y el encanto de la fiesta les hacen flaquear y caer. El deseo de llenar sus estómagos supera a los reparos de la prudencia y la templanza y, haciendo caso omiso de las advertencias de Gandalf, «todos ellos abandonaron el camino y se internaron juntos en el bosque». Poco después se dieron cuenta de que se habían perdido irremediablemente en la oscuridad del bosque y que Bilbo se ha separado del grupo. Bilbo es atacado por una araña gigante de la que se ve obligado a defenderse. Le clava la espada en los ojos y con un golpe más acaba con su enemigo. «Por alguna razón, matar a la araña gigante, él, totalmente solo, en la oscuridad, sin la ayuda del mago o de los enanos o de cualquier otra criatura, fue muy importante para el señor Bolsón. Se sentía una persona diferente, mucho más audaz y fiera a pesar del estómago vacío, mientras limpiaba la espada en la hierba y la devolvía a la vaina». Este acto supone la iniciación de Bilbo en el mundo de los guerreros y como marca de la importancia del momento *El Hobbit* bautizará a su espada con el nombre de *Aguijón*. Acaba de alcanzar el grado necesario de madurez y de virtud. Ya se puede considerar un adulto. La derrota del monstruo en la oscuridad y la ayuda del mago era el rito necesario. Quizá comenzamos a sospechar que esta era al menos una de las razones para la marcha de Gandalf.

A medida que va amaneciendo, Bilbo comienza a buscar a sus compañeros. Para ello decide avanzar en la dirección en la que les había escuchado gritar por última vez. «Y por suerte... acertó más o menos». Pero, a pesar de su «suerte», pronto se da cuenta de que la suerte de los enanos parecía haberse acabado. Los encuentra colgados y atrapados en capullos hilados por las arañas gigantes. Aún estaban con vida, pero a punto de ser devorados, un oscuro presagio del encuentro de Frodo con Ella-Laraña en *El Señor de los Anillos*. Gracias al anillo y a su ingenio, se las arregla para alejar a las arañas y liberar a sus compañeros. ¡Nunca más volverán los enanos a dudar de las palabras de Gandalf cuando les dijo que *El Hobbit* sería de gran utilidad en su búsqueda!

Después de haber sobrevivido a la horrible perspectiva de servir como alimento a las arañas, Bilbo y los enanos deberán enfrentarse a otro problema menos truculento pero igualmente peligroso, el hambre. Aparentemente destinados a vagar por el bosque sin la más mínima esperanza de volver a encontrar el sendero, se salvan gracias a que una

compañía de elfos del bosque los toman prisioneros, a todos menos a Bilbo, que gracias al anillo logra escapar y les sigue hasta el palacio del Rey Elfo. Allí encarcelan a los enanos y Bilbo tendrá que rescatarles una vez más con ayuda del anillo. Gracias a su invisibilidad, Bilbo pudo hacer de enlace entre los enanos que estaban prisioneros en celdas distintas del palacio, y el jefe de los enanos pone toda su confianza en *El Hobbit*. Thorin estaba a punto de ofrecerle un trato al Rey Elfo prometiéndole una parte del tesoro si los dejaba libres. Pero con la aparición de Bilbo cambia de opinión y vuelve a recuperar la esperanza (la opinión que tenía sobre la utilidad de los hobbits iba en aumento). En ese momento recuerda las palabras de Gandalf y comprende los motivos que le empujaron a marcharse.

Por si no nos hubiéramos dado cuenta, el narrador nos lo explica. «Vemos», tal y como el autor desea, que la marcha de Gandalf era necesaria para que Bilbo alcanzara la mayoría y que es posible que Gandalf lo supiera y esa fuera al menos una de las razones para irse. Gandalf, como todos los padres y protectores, se da cuenta de que para que el pájaro sea realmente lo que tiene que ser ha de volar primero del nido.

Hagamos ahora una pausa para que la imaginación del lector pueda profundizar en la idea de que dar la libertad para equivocarse no implica necesariamente tener que ir por el mal camino. En la historia, Bilbo y los enanos van por el mal camino por no seguir las indicaciones de Gandalf. Ir por el mal camino no es una buena idea; no solo no debemos fomentarlo, sino que hay que desanimar a hacerlo. ¡De hecho debería estar prohibido por los mandamientos justos y sensibles! No obstante, Dios hizo a nuestros primeros padres libres y les dio la oportunidad de elegir el mal camino, así que debemos dejar equivocarse a nuestros pequeños hobbits para que aprendan por ellos mismos las lecciones de la vida si quieren llegar a ser todo lo que están destinados a ser. Gandalf, actuando como modelo de lo que debe ser un maestro, acompaña al hobbit y a los enanos en su viaje durante todo el tiempo que sea necesario. Hasta que lleguen a adquirir la madurez necesaria para poder derrotar a los males que puedan encontrarse durante el viaje, el maestro permanece con ellos para protegerles y ayudarles. Al mismo tiempo, les instruye con sus palabras y su ejemplo, mostrándoles el camino y el modo de «abandonar» el nido sin que ello suponga la muerte. La cría de aves o de hobbits (o de personas) consiste en enseñarles a volar sin caer al suelo. Gandalf no los abandona antes de tiempo, pero sí podemos decir que no termina de enseñarles todo, porque quiere que sean ellos los que completen su formación. Es una manera de obligarles a alzar el vuelo. Si él no está allí para defenderles, tendrán que espabilar y hacerlo ellos mismos. No hay alternativa, o vuelan o caen. Y, sin embargo, nunca están completamente solos, puesto que la «suerte» actúa siempre y cuando se tenga la disposición correcta.

Este aspecto de la visión cristiana de *El Hobbit* es compartido también en *El Señor de los Anillos*, tal y como lo percibe con finura del periodista británico Paul Goodman. En su respuesta a la crítica superficial y negativa que se hace de la obra de Tolkien, escribió acerca del «viaje desde la Comarca hasta Mordor y el posterior regreso, y cómo todo esto tiene que ver con el crecimiento en edad o, mejor, el crecimiento interior de los personajes». Además, continúa Goodman, los diversos aspectos de la trama del libro

«apuntan a unas conclusiones ciertas que son lugares comunes: que el crecimiento comporta dolor pero que no se puede evitar, conlleva tomar decisiones difíciles con libertad, donde esas decisiones tienen consecuencias, y que incluso las buenas decisiones no pueden cambiar el pasado»<sup>19</sup>.

Goodman percibe que «la clave» para entender el sentido más profundo de la obra de Tolkien es su «sensibilidad religiosa»; ha entendido algo que muchos de los críticos de Tolkien no han logrado comprender aún.

La ironía reside en que no es solo que los críticos de Tolkien carezcan de la sensibilidad religiosa necesaria para comprender *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*, sino que simplemente no son lo suficientemente maduros. No se dan cuenta de que sus libros hablan de crecimiento interior, puesto que ellos mismos todavía no han madurado. Esta ceguera les impide ver que la obra de Tolkien nos recuerda que el verdadero crecimiento es el que se hace en sabiduría y en virtud, aprendiendo a matar nuestro egoísmo para poder servir a los demás. Es una lección que deberían aprender muchos de los modernos adultos, pues muchos han olvidado el verdadero significado de ser adulto, y otros lo han adulterado. Si entendemos «adulto» como «madurez», podemos afirmar categóricamente que no hay nada adulto en las así llamadas librerías para adultos, películas para adultos o webs para adultos, por ejemplo. La pornografía no tiene nada que ver con la madurez, es algo adolescente. Muestra falta de madurez, falta de voluntad para crecer en virtud y para luchar contra la propia concupiscencia.

El mundo necesita amor, no ese «amor» que ofrecen las librerías «para adultos», sino el amor real que implica auto-sacrificio y que está dispuesto a dar su vida por sus amigos. Lo que el mundo realmente necesita es el amor auténticamente adulto que se lleva a cabo en el matrimonio y en la paternidad, que es su propósito. La mejor manera de llegar a ser adulto es convertirse en un buen padre dentro del matrimonio entre un hombre y una mujer que son capaces de sacrificarse uno por el otro y por sus hijos. Es algo irónico, teniendo en cuenta la ausencia de matrimonios o de hijos en la historia, pero este es el amor que encontramos en *El Hobbit*. Un amor que nos enseña no solo cómo ser buenas personas, sino cómo ser buenos esposos, esposas y padres. Nos enseña que lo que el mundo necesita son adultos como Bilbo.

Esta consideración tangencial sobre el significado de la vida adulta nos ayuda a centrarnos en una de las principales razones de la importancia de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*, y uno de los principales motivos por los que no lo comprenden los críticos modernos. Al igual que Frodo, Bilbo en *El Hobbit* representa en cierto modo la figura del hombre común en la que también estamos representados nosotros mismos o, quizá más importante, nos muestra lo que deberíamos ser. *El Hobbit* llama a todos sus lectores a iniciar el camino del crecimiento. Esta lección es importante para los jóvenes pero también para los «adultos» con dificultad para madurar. El viaje y las pruebas a las que se somete son aplicables tanto a los lectores en el viaje de su vida como al propio Bilbo. Su viaje es nuestro viaje y las lecciones que aprende son lecciones que también hemos de aprender nosotros. Como Gandalf podría decirnos a cada uno: «no puedo decir más

claro que Bilbo está destinado a madurar y que vosotros también estáis destinados a ello».

**17** Radagast el Pardo es el tercero de los cinco magos enviados a la Tierra Media. Tolkien lo describe fundamentalmente por su gran amor a los animales. Fue aliado y amigo de Gandalf (N. del T.).

**18** Ver M. D. C. Drout, ed., J. R. R. Tolkien Encyclopedia (New York: Routledge, 2007).

**19** Daily Telegraph, 21 enero de 1997.

## 7

### El retorno del rey

Para liberar a sus amigos, Bilbo le roba la llave al jefe de la guardia, que en esos momentos se encontraba borracho. Con el fin de que su castigo fuera menor cuando descubrieran la huida, después de abrir las celdas Bilbo vuelve a colocar las llaves en la cintura del carcelero. Todos escapan escondiéndose dentro de barriles vacíos, con la excepción de Bilbo, que utilizará el anillo para volverse invisible y huirá corriente abajo sobre uno de los toneles vacíos que flotan sobre las aguas del río. Estos barriles avanzan río abajo donde son recogidos y llevados a la Ciudad del Lago para ser reutilizados. La «suerte» les lleva a que ese método de escape sea el único modo práctico de llegar a su destino. El sendero elfo prácticamente desconocido que habían estado siguiendo llegó «a un dudoso e insólito final en el borde oriental del bosque». Incluso si lo hubiesen seguido, habría llegado un momento en que no habrían podido pasar por la maraña de arbustos y zarzas, perdiéndose irremisiblemente. El río, por el que ahora navegan, era la única manera segura de cruzar el bosque y llegar a las llanuras del otro lado tal y como el narrador nos señala: «Bilbo había llegado hasta el final por el único camino que era bueno».

El «camino» conduce directamente a la Ciudad del Lago. A su llegada, a pesar de su aspecto desaliñado y hambriento después del difícil y claustrofóbico viaje desde el palacio de los elfos, Thorin y su compañía de enanos son tratados como reyes por la gente común. Esto no es sorprendente, ya que su regreso fue profetizado en las leyendas que se habían convertido en folclore. Las palabras de Thorin habían sonado como mágicas en los oídos de los que le escucharon declararse a sí mismo como «¡Thorin hijo de Thráin Thror Rey bajo la Montaña! He vuelto». Al extenderse la noticia del regreso del legendario rey, el pueblo de la Ciudad del Lago empieza a cantar viejas canciones sobre el retorno del Rey bajo la Montaña:

¡El Rey bajo la Montaña,

El Rey de piedra tallada,

El señor de fuentes de plata,

¡Regresará a sus tierras!  
Sostendrán alta la corona,  
Tañerán otra vez el arpa,  
Cantarán otra vez las canciones,  
Habrá ecos de oro en las salas.  
Los bosques ondularán en montañas,  
Y las hierbas, a la luz del sol;  
Y las riquezas manarán en fuentes,  
Y los ríos en corrientes doradas.  
¡Alborozados correrán los ríos,  
Los lagos brillarán como llamas,  
Cesarán los dolores y las penas,  
Cuando regrese el Rey de la Montaña!

Es evidente el patente paralelismo entre *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos* acerca del regreso del rey. Pero a pesar de los aspectos que comparten, los dos reyes en el exilio que vuelven para reclamar su trono, Aragorn y Thorin, no podían ser más diferentes entre sí. En el caso de Aragorn, su realeza y personalidad se caracteriza no solo por su gran valentía y su pose marcial, sino también por la mansedumbre y la humildad y, en última instancia, por el milagroso poder de sanación similar al de Cristo, que se manifiesta especialmente en el Sendero de los Muertos y en las Casas de Curación. Por el contrario, a Thorin le vemos gruñir y protestar continuamente, además de dejarse dominar por el «mal del dragón». Aragorn se nos presenta como el paradigma de la virtud, digno de respeto, reverencia y emulación. Al revés que Thorin, en cuya alma reina el orgullo y la codicia, lo que nos sirve como una advertencia del vicio y de sus consecuencias nocivas. Estas diferencias, sin embargo, no deben hacernos olvidar la importancia que en los dos casos tiene el tema de la realeza, y no solo a causa del retorno del rey, que es un motivo de gozo en ambos libros.

Tolkien, como católico y medievalista, nos muestra a grandes rasgos su comprensión de la verdadera realeza, basándose especialmente en algunos ejemplos legendarios e históricos de reyes exiliados que vuelven a reclamar su trono. El primer ejemplo de realeza, por lo menos en lo que tiene de relación con la coronación de Aragorn en *El*

*Señor de los Anillos*, es la figura de Carlomagno, primer emperador del Sacro Imperio. Carlomagno lleva a cabo la tarea de unir a todos los pueblos de la cristiandad, al igual que hace Aragorn con los pueblos libres de la Tierra Media. Otra de las figuras en las que se inspira el tratamiento de la realeza en *El Hobbit* y en *El Señor de los Anillos* es el Rey Arturo y las leyendas artúricas. La leyenda popular inmortalizó la figura de Arturo diciendo que en realidad no había muerto, sino que estaba dormido, y que retornaría para vencer a sus enemigos cuando Inglaterra estuviera en grave peligro. Las similitudes con Aragorn son evidentes. El último descendiente de un linaje real que regresa como el rey largamente esperado y prácticamente olvidado para librar a su pueblo de las garras del enemigo y reclamar su derecho a la corona. Thorin también guarda relación con el molde artúrico, aunque de un modo más pálido en el sentido de que su vuelta también estaba anunciada.

El otro aspecto de la realeza que manifiesta cómo entendía Tolkien la historia de Inglaterra desde una perspectiva católica, es la historia de Jacobo II, rey en el exilio. Un grupo conocido como los jacobitas permanecieron leales al verdadero rey de Inglaterra, Jacobo II, un rey católico que se vio abocado al exilio después del triunfo de la llamada Revolución Gloriosa de 1688. Esta revolución, lejos de ser «gloriosa», fue en realidad un golpe de Estado en el que un ejército de mercenarios extranjeros invadió el país; estaban financiados por nobles anticatólicos, banqueros y comerciantes con el objetivo de derrocar al verdadero rey. Jacobo se vio obligado a exiliarse. El ejército que formó para tratar de recuperar el trono fue derrotado en Irlanda. En el siglo XVIII hubo dos levantamientos jacobitas: los descendientes del verdadero rey lucharon por recuperar el trono. El segundo levantamiento, dirigido por el heredero legítimo de Jacobo II, Bonnie Prince Charlie, fue aplastado en la batalla de Culloden en 1746. Desde entonces, los jacobitas lamentan la desaparición de la monarquía católica, considerando que el actual titular en el trono de Inglaterra es un usurpador, en el peor de los casos, o cuanto menos un administrador, hasta que llegue el momento en que el verdadero rey en el exilio regrese. Como devoto católico que conocía la historia de Inglaterra, Tolkien asumía todo esto, y hay evidentes paralelismos entre la forma en que un jacobita ve el estado actual de la Familia Real Británica y el papel de Denethor como Senescal de Gondor en *El Señor de los Anillos*. Desde una perspectiva jacobita, la reina Isabel II y Denethor son *de facto* dos gobernantes encargados de velar por el trono hasta que el verdadero rey regrese. Para un jacobita, por tanto (y es bastante seguro creer que Tolkien simpatizaba con ellos), el retorno de Aragorn tiene un significado especial. Se nos recuerda una vez más el lamento de Tolkien cuando señalaba que: «Soy, en efecto, cristiano, de modo que no espero que la historia sea otra cosa que una larga derrota, aunque contenga (y una leyenda lo puede contener más clara y conmovedoramente) algunas muestras o atisbos de la Victoria final»<sup>20</sup>. En su propia leyenda, Tolkien nos ofrece un vistazo en el regreso triunfal de Aragorn.

En comparación, Thorin es sin duda una figura patética, aunque nadie duda de su verdadera realeza y la alegría del pueblo por su regreso es evidente. Como Aragorn ha vuelto para reclamar lo que le corresponde por derecho. El dragón Smaug, el enemigo al

que debe derrotar Thorin, es el usurpador del «trono» del reino de Thorin, y ha reclamado para sí las riquezas del reino, el oro, plata y joyas; como no tiene ningún derecho legítimo, allí lo tenemos, en lo alto de una montaña de tesoros que no le pertenecen y haciendo caso omiso de la alegría del pueblo por el regreso del verdadero rey. Es evidente, por tanto, que el tema jacobita está presente tanto en *El Hobbit* como en *El Señor de los Anillos*, y que el retorno del rey es necesario para restablecer la justicia.

Antes de continuar con los acontecimientos que rodean el retorno de Thorin y la historia del viaje de Bilbo, es importante recordar que la monarquía en sí misma solo es legítima en la medida en que deriva de la autoridad de Dios. Todos los reyes solo lo son realmente en la medida en que reflejan la auténtica realeza de Cristo. Pronto veremos si Thorin es fiel a esa realeza. En cuanto a Aragorn, Tolkien nos muestra que su verdadero poder proviene de ser un reflejo de la verdadera imagen de Cristo Rey. El resto de las imágenes son menores, como la conexión de Aragorn con Carlomagno, Arturo o Jacobo, que lo son en la medida que hemos señalado antes. En términos cristianos, el retorno del rey significa la segunda venida de Cristo, cuando la «larga derrota» de la historia sea vencida por la victoria final de Cristo. Este es el regreso definitivo del exilio del Verdadero Rey para reclamar lo suyo.

Al igual que Cristo, la verdadera realeza de Aragorn se revela en su capacidad milagrosa de sanar a los enfermos. «Las manos del rey son las manos de un sanador, dice la sabia-mujer de Gondor, y así llevará al rey legítimo a ser conocido». Aparte de las referencias obvias a los poderes curativos de Cristo en el Evangelio, el aprecio de Tolkien por la Inglaterra anglosajona le hizo recordar la historia de san Eduardo el Confesor, rey anglosajón conocido por sus poderes milagrosos de curación. Este hecho lo recoge Shakespeare en *Macbeth*, donde la verdadera realeza de Eduardo el Confesor contrasta con el maquiavelismo asesino de *Macbeth*. Por último, al igual que Cristo, el poder de curación de Aragorn no solo se extiende a los vivos, sino también a los muertos. Cuando decide adentrarse en el Sendero de los muertos, demuestra que tiene el poder de liberar a los muertos de su maldición. Esto es un recordatorio que no podemos obviar del descenso de Cristo a los infiernos después de la crucifixión para liberar a los justos.

En cambio, no podemos esperar ningún milagro del ambicioso rey Thorin. Sin embargo, como nos recuerda el narrador, el Gobernador de la Ciudad del Lago se equivoca cuando cínicamente cree que Thorin y sus compañeros le están engañando y que nunca se atreverán a enfrentarse al dragón en la Montaña Solitaria: «Estaba equivocado. Thorin, por supuesto, era el verdadero nieto del Rey bajo la Montaña, y nadie sabe de lo que es capaz un enano por venganza o por recobrar lo que le pertenece». Al igual que Aragorn, Thorin tiene la legitimidad de su lado. Él es el verdadero rey. Pero, a diferencia de Aragorn, él no vuelve para salvar a su pueblo, sino para «recuperar lo suyo». Tampoco regresa con la mansedumbre y la humildad de Aragorn, sino con orgullo, lo que le llevará a hacer o atreverse a cualquier cosa por venganza. En su humildad, Aragorn será exaltado; y Thorin en su orgullo será humillado.

20 Humphrey Carpenter, ed., *Cartas de J. R. R. Tolkien* (Planeta DeAgostini 2002).

## 8

### **Por encima de todas las sombras cabalga el sol**

Como nos va revelando el desarrollo de la trama, el mal del dragón no afecta solo a los dragones. Además del efecto que tiene sobre el propio Bilbo, su incidencia sobre los enanos es clara. El propio Thorin se muestra obsesionado por recuperar el tesoro. Su corazón está envenenado por la sed de oro y olvida su amistad con Bilbo y la deuda que tiene con él, a causa del endurecimiento y la ceguera del mal del dragón. Se ve claramente, por tanto, que el tema del mal del dragón es parte integral de la obra, especialmente durante el desenlace climático de la historia. Al acercarnos al clímax, el modo con el que Tolkien caracteriza al gobernador de la Ciudad del Lago sirve como prelude profético de la aparición de esta enfermedad. Desde su primera intervención vemos cómo está infectado por el mal del dragón y la ceguera que causa. No cree en leyendas ni tiene tiempo para cuentos folclóricos o tradiciones. No presta mucha atención a las «canciones antiguas» que entona su gente sobre el portentoso retorno del rey, «entregado como estaba al comercio y los peajes, a los cargamentos y al oro, hábitos a los que debía su posición». Por lo tanto, el gobernador no lamenta la partida de Bilbo y los enanos, pensando que Smaug los destruirá y que se deshará de los inconvenientes que ya le han causado: «La manutención de los enanos estaba arruinándolo y, desde que habían llegado, la vida en la ciudad era como unas largas vacaciones, con los negocios en punto muerto».

La creciente tensión que Bilbo, Thorin y los demás sienten al iniciar el acercamiento a la Montaña Solitaria se convierte en un sentimiento de frustración y futilidad cuando fracasan en la búsqueda del prometido acceso a la guarida del dragón. Los enanos empiezan a perder la esperanza de encontrar el modo de abrir la puerta escondida de la cueva de Smaug. Dwalin, uno de los enanos, se lamenta: «nos crecerán las barbas y colgarán riscos abajo hasta el valle antes de que aquí haya novedades». Bilbo es el único que conserva alguna esperanza de solución en esa situación aparentemente desesperada. Mientras los demás vagan sin un objetivo claro, Bilbo se sienta en el umbral clavando los ojos en la piedra inamovible que ocupa el lugar donde debería estar la puerta o mirando hacia el oeste en la lejanía. Tenía la «rara impresión» de estar esperando algo, y confía en que quizá Gandalf aparezca de repente para arreglarlo todo. Al mirar hacia el

oeste advierte que el sol comienza a ponerse en el horizonte mientras aparecía una pálida luna nueva en el cielo. En ese preciso momento escucha un graznido áspero a su espalda y ve un enorme zorzal golpeando un caracol contra la piedra. Sorprendido, se da cuenta de que la profecía revelada por las letras lunares iba a cumplirse: *Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal y el sol poniente brillará sobre el ojo de la cerradura con las últimas luces del Día de Durin*. Recordando la explicación de Thorin de que el Día de Durin es «el primer día de la última luna otoñal, en los umbrales del invierno (...) aquel en que el sol y la última luna de otoño están juntos en el cielo», Bilbo advierte a los enanos y les pide que se acerquen para ser testigos del inminente milagro. Los enanos esperan con creciente impaciencia, aunque su esperanza mengua según se va poniendo el sol; pero Bilbo, con fe y confianza en el milagro que está a punto de revelarse, espera en calma. «Entonces, de modo inesperado, cuando ya casi no les quedaban esperanzas, un rayo rojo de sol escapó como un dedo por el rasgón de una nube. El destello de luz llegó directamente atravesando la abertura y cayó sobre la lisa superficie de roca (...). Se oyó un crujido. Un trozo de roca se desprendió de la pared y cayó. De repente apareció un orificio, a unos tres pies del suelo». En cuestión de segundos, apresuradamente, Thorin retira la llave de su cuello y la mete en el orificio. «¡Entraba y giraba! ¡Zas! El rayo desapareció, el sol se ocultó, la luna se fue y el anochecer se extendió por el cielo». El grupo ha conseguido el milagroso acceso a la bóveda del tesoro bajo la montaña abriendo una caja fuerte protegida por la Providencia que solo era accesible mediante una combinación divinamente cifrada.

Se siente la tentación de ver en el dedo del rayo de sol tocando la piedra y revelando su secreto un reflejo simbólico del dedo más famoso de todo el arte, el del propio Dios tocando la punta del dedo de Adán en los frescos de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina. En ambos casos el dedo de Dios aparece claramente como fuente milagrosa de luz, vida y salvación. A los familiarizados con *El Señor de los Anillos* les recordará también una escena similar en la Encrucijada de Ithilien, poco antes de que Frodo, Sam y Gollum ascendieran por las peligrosas Escaleras de Cirith Ungol. En el cruce encuentran la estatua sedente de un antiguo rey, carcomida por el tiempo y mutilada por las manos violentas de los orcos. Estaba decapitada y cubierta con los obscenos dibujos de los corruptos habitantes de Mordor. Sobre los hombros habían colocado una piedra toscamente tallada «pintarrajeada por manos salvajes; la piedra simulaba una cara horrible y gesticulante con un ojo grande y rojo en medio de la frente». La mutilación de la estatua, con el símbolo de Sauron sobre sus hombros, simbolizaba la situación aparentemente desesperada en la que se encuentran Frodo y Sam y quizá simboliza también el triunfo final del mal. De improviso, iluminada por los rayos horizontales del ocaso, Frodo vio la cabeza del rey: yacía abandonada a la orilla del camino: «Mira, Sam», grita Frodo. «¡El rey tiene otra vez una corona!». Le habían vaciado las cuencas de los ojos, y la barba esculpida estaba rota, pero alrededor de la frente alta y severa tenía una corona de plata y oro. Una planta trepadora con flores que parecían estrellitas blancas se había adherido a las cejas como rindiendo homenaje al rey caído, y en las fisuras de la cabellera de piedra resplandecían unas siemprevivas doradas.

«¡No podrán vencer eternamente! –dijo Frodo–. Y entonces, de pronto, la visión se desvaneció. El Sol se hundió y desapareció y, como si se apagara una lámpara, cayó la noche negra».

En esta escena, como en la de la Montaña Solitaria, los rayos del sol poniente actúan como el dedo de Dios, tocando un momento aparentemente desesperado con la promesa providencial del cumplimiento de la esperanza. La escena de *El Señor de los Anillos* es incluso más sutil porque es más creíble al nivel agnóstico de la mera coincidencia. El efecto de la luz del sol iluminando la belleza de unas flores en unas ruinas de piedra es algo al alcance de cualquiera. La repentina revelación a la que asisten Frodo y Sam puede ser una simple coincidencia natural y, en cuanto tal, desechada. Ciertamente, un escéptico vería la conexión simbólica que Frodo establece entre la «coronación» de la estatua y el retorno del rey y la derrota de Sauron, en el mejor de los casos, como un modo poético de hacerse ilusiones o, en el peor, como mera superstición. Sin embargo, nosotros sabemos que, de hecho, esas «ilusiones» de Frodo se convierten en realidad no gracias a una afortunada coincidencia, producto del mero azar, sino porque tiene la «suerte» de la Providencia de su lado. Por lo tanto, cuando Sam, en un momento igualmente desesperado, canta «por encima de todas las sombras cabalga el sol», sabemos que el Sol no es solo el sol, así como la Sombra no es simplemente una sombra, sino que el Sol simboliza la presencia de una luz que la oscuridad no puede penetrar. Es, como proclama el amigo de Tolkien Roy Campbell en su soneto «Al Sol», una luz que al mismo tiempo revela y oculta la Luz que es su fuente:

Oh, permite que tu orbe reluciente

El espejo de Cristo y su rodela

Se ponga a media luz,

Para que pueda yo a través de ti

Mirarle,

Ver el milagro revelado a medias<sup>21</sup>.

También es, según el poeta Charles Causley, no un mero espejo de Cristo, que refleja su Divina Presencia, sino un título que Cristo reclama como propio:

Yo soy el gran sol, pero no me ves,

Yo soy tu esposo, pero me das la espalda,

Yo soy tu esposa, tu hijo, pero me dejarás,

Yo soy aquel Dios a quien no vas a rezar<sup>22</sup>.

Del mismo modo, la presencia del sol en la Tierra Media es, con frecuencia, un signo de la mano oculta de Dios, el garante de que la Luz Divina cabalgue por encima de todas las sombras y de que anule los designios del Señor Oscuro o del Dragón. Ofrece esos «atisbos de la victoria final» a los que Tolkien se refiere en su carta (que aparece en el capítulo anterior). Comparemos la referencia de Tolkien con el pasaje de *El Señor de los Anillos* que acabamos de señalar: *¡No podrán vencer eternamente! –dijo Frodo–. Y entonces, de pronto, la visión se desvaneció. El Sol se hundió y desapareció y, como si se apagara una lámpara, cayó la noche negra.*

Este empleo del Sol como destello de la presencia divina se amplía por un pasaje del célebre ensayo de Tolkien «Sobre los cuentos de hadas»: «La cualidad específica del «gozo» en una buena fantasía puede así explicarse como un súbito destello de la verdad o realidad subyacente (...). Un lejano destello, un eco del *evangelium* en el mundo real»<sup>23</sup>. Compárese esto con el pasaje de *El Hobbit* que comienza y termina con el rayo del Sol que proviene de la lejanía: *Entonces, de modo inesperado, cuando ya casi no les quedaban esperanzas, un rayo rojo de sol escapó como un dedo por el rasgón de una nube. El destello de luz llegó directamente atravesando la abertura (...). El rayo desapareció, el sol se ocultó.*

Al considerar la importancia del Sol como símbolo de la presencia de la luz y la vida divinas en el mundo, debemos ver su ausencia como símbolo de la Sombra del mal y también del mal del dragón, que es su consecuencia. Aquellos que rechazan ver el destello de la Providencia e ignoran el «brillo del *evangelium*» se condenan a sí mismos a un mundo de sombra en el que la luz es eclipsada por la oscuridad del pecado. Teniendo presente esta enseñanza, ha llegado la hora de encontrarse con el Dragón.

<sup>21</sup> Roy Campbell, *Selected Poems* (Londres: Saint Austin Press, 2001), p. 46.

<sup>22</sup> Charles Causley, *Collected Poems, 1951–2000* (Londres: Picador, 2000), p. 352.

<sup>23</sup> J. R. R. Tolkien, *Los monstruos y los críticos y otros ensayos* (Minotauro, 1998).

## 9

### El mal del dragón

Una vez logrado el acceso al pasaje secreto de la guarida del dragón, Thorin le recuerda a Bilbo que ha llegado el momento de que «lleve a cabo el servicio» para el que fue incluido en la compañía y que «gane su recompensa». Bilbo se enfada por la insinuación de Thorin y el tono pomposo en el que la hace; le recuerda a él y a los otros enanos que ya los había salvado de ser devorados por las arañas gigantes y de la cárcel en el palacio del rey de los elfos, nada de lo cual estaban en el convenio original. Considerando los «servicios» que ya ha prestado al grupo, sugiere que «ya se ha ganado alguna recompensa». Sin embargo, con gesto de heroica magnanimidad, está de acuerdo en explorar el pasaje secreto, incluso a pesar de que ninguno de los enanos quisiera acompañarlo.

Se pone el anillo en el dedo y se desliza por las profundidades del túnel, temblando de miedo pero al mismo tiempo firme en su resolución. Claramente, Bilbo ya es «un hobbit muy distinto» del que había dejado la Comarca a regañadientes meses atrás. Yendo hacia «abajo, abajo, abajo en la oscuridad» descubre finalmente la guarida del dragón. «Decir que Bilbo se quedó sin aliento no es suficiente. No hay palabras que alcancen a expresar ese asombro abrumador desde que los Hombres cambiaron el lenguaje que aprendieran de los Elfos en los días en que el mundo entero era maravilloso». Este no es lugar para una larga digresión que explore las ramificaciones lingüísticas de estas palabras del narrador. Sea suficiente con decir que Tolkien, como filólogo, percibía en el lenguaje, el vehículo con el que pensamos y nos comunicamos, un proceso de decadencia. Y, si el lenguaje, la herramienta que necesitamos para percibir la realidad, está en decadencia o en regresión, se pone en cuestión toda la noción de «progreso». Si el inglés moderno es una forma idiotizada y decadente del inglés hablado por nuestros ancestros sea el inglés antiguo de los anglosajones, que Tolkien tanto amaba, o el inglés más moderno de Shakespeare, ¿cómo podemos relacionarnos intelectualmente con el cosmos del modo en que lo hicieron nuestros ancestros o comunicar a otros esta relación? Estamos constreñidos por una camisa de fuerza lingüística que continúa encogiéndose o, para emplear el lenguaje que un anglosajón podría haber usado, nuestro tesoro se está viendo mermado<sup>24</sup>. La cuestión de si esta decadencia entrópica es inevitable o si es

consecuencia del desencanto, y por lo tanto es reversible mediante un renacimiento de ese encanto, es interesante y de vital importancia. Sin embargo, está más allá de los límites de nuestro objetivo, que es seguir a Bilbo en su peregrinación.

Bilbo queda «estupefacto» al ver por primera vez al dragón dormido, «con las alas plegadas como un inmenso murciélago» y el vientre incrustado de oro y recamado de gemas de tanto yacer sobre el montón de tesoros que le sirven como lecho y son el centro de su mundo. Además de las inmensas cantidades de oro y joyas, las paredes de la guarida del dragón están adornadas con cotas de malla, espadas, lanzas, yelmos y hachas. El maravilloso tesoro y el temible dragón durmiendo sobre él llenan al hobbit de una sensación de completo asombro e indecible terror. Sobreponiéndose a su miedo, avanza sigilosamente hasta el borde de la montaña de tesoros y se lleva una enorme copa de debajo de las mismísimas narices del monstruo dormido.

Bilbo se retira túnel arriba cargando con su conquista y la muestra para excitación de los enanos. Apenas tienen tiempo de celebrar la liberación de la primera pieza del tesoro antes de acordarse de las dificultades que van a tener que afrontar para liberar el resto. Smaug se despierta y descubre que ha desaparecido una de sus preciadas posesiones. Su furia se asemeja a la erupción de un volcán en las profundidades de la montaña. Se nos dice que puede que los dragones no saquen provecho de todas sus riquezas, «pero las conocen hasta la última onza, sobre todo después de una larga posesión». Al igual que las «ingeniosas» invenciones de los orcos, de las que hemos hablado antes, este egoísmo obsesivo del dragón puede aplicarse también a personas que conocemos, o incluso a nosotros mismos. El mal del dragón es un eufemismo para el materialismo burgués que plaga nuestra cultura consumista. La furia de Smaug por la pérdida de una sola fruslería insignificante y prácticamente inútil sirve como metáfora del hombre moderno y de su manía por acumular objetos que no necesita. Para asegurarse de que no hemos pasado por alto esta alusión, el narrador nos cuenta en la página siguiente que la furia del dragón «era indescriptible, esa ira que solo se ve en la gente rica que no alcanza a disfrutar de todo lo que tiene y que de pronto pierde algo que ha guardado durante mucho tiempo, pero que nunca fue utilizado o necesitado».

Sin embargo, existe el riesgo de ver al dragón como una metáfora del ser humano, especialmente si es una simple manifestación de un atributo humano, un peligro que nace del antropocentrismo y del materialismo que irradia Smaug. Para Tolkien, los dragones no son solo un mero producto de la imaginación, y mucho menos los conjura con el único propósito de impartir enseñanzas alegóricas. Por el contrario, encontramos dragones imaginarios en su historia porque encontramos dragones reales en la Historia. Estos monstruos reales no son como los dinosaurios, que son criaturas puramente naturales, como las ballenas o los elefantes, sino criaturas preternaturales, como los ángeles y los demonios. De hecho, los dragones, en la iconografía y las leyendas cristianas, son siempre seres demoniacos. No son simplemente grandes, como un *tyrannosaurus-rex*, sino que son diabólicos como el propio diablo. Así, las representaciones artísticas de san Miguel derrotando al diablo retratan a Satán bajo los rasgos de un dragón. A su vez, la historia de san Jorge y el Dragón trata realmente del

enfrentamiento entre el santo y Satán, no de la pelea entre un noble guerrero y una bestia grande y peligrosa.

Para los cristianos, y no hay que olvidar que Tolkien fue un católico practicante durante toda su vida, el diablo y los demonios son reales. Forman parte de la estructura sobrenatural de la realidad. Siendo así, comenzamos a entender que la presencia del dragón en la obra de Tolkien es la otra cara de su condicionada metáfora del ser humano. No es tanto que una criatura de ficción funcione como alegoría del hombre, sino que una criatura real, el diablo, se nos muestra bajo una apariencia que nos facilita su visión. Mostrándonos al dragón que devasta la tierra fantástica, Tolkien nos muestra al diablo que trata de volver baldías nuestras almas y las de todos los hombres. Considerar al dragón como una simple metáfora es verlo como un espejo que solo nos muestra la imagen superficial del comportamiento humano; verlo como representación de la presencia real de la maldad diabólica, tanto en la narración como en el mundo más allá de la historia, nos presenta un espejo que revela no solo la superficie del carácter del hombre, sino las profundidades de su alma y el combate espiritual que se libra allí.

En términos prácticos, en la comprensión metafísica de la realidad que tiene Tolkien, el mal del dragón no se reduce solo a algunas malas conductas, como el gusto por tener cosas, sino al pecado, que es el causante de esas malas conductas, pecados como la avaricia y el orgullo. Esta dimensión demoniaca está presente con igual fuerza en *El Señor de los Anillos*, aunque en esta obra el dragón muestra más rasgos diabólicos que en *El Hobbit*. Por ejemplo, el nombre de Sauron, con su resonancia lingüística de *sauros*, la palabra griega para «lagarto», o Saruman, cuyo nombre también sugiere anagramáticamente *sauros*. Más cercana lingüísticamente al inglés está Grima, al que apodan Wormtongue (en español, Lengua de Serpiente), un nombre que viene de Wyrms, el término en inglés antiguo para dragón. Tolkien juega con el significado de su nombre en la orden imperiosa de Gandalf, que nos recuerda el castigo de Dios a Satán en el Jardín del Edén: «¡Al suelo, víbora! ¡Arrástrate sobre tu vientre!». Pocas líneas más adelante, Gandalf enfatiza por segunda vez el aspecto viperino y demoniaco del carácter de Lengua de Serpiente: «Mira, Théoden, aquí tenéis una serpiente». Finalmente, Lengua de Serpiente «mostró los dientes, y con un ruido sibilante escupió a los pies del rey». Grima escupe veneno al rey, del mismo modo que antes ha vertido palabras venenosas en sus oídos emponzoñándolo con sus mentiras. De manera muy parecida sucede en Hamlet, cuando el rey Claudio mata al padre de Hamlet vertiendo veneno en su oreja y después envenena a todos con las venenosas mentiras que vierten sus labios. Y así vemos cómo en *El Señor de los Anillos* no se nos presenta un dragón bajo la acostumbrada apariencia física de tal, como lo hace Smaug en *El Hobbit*, sino que aparece una variedad distinta de dragones, todos afligidos con la misma enfermedad del dragón que invade la primera obra. Sauron, un ángel caído, y Saruman, un mago caído, muestran el mal del dragón que les consume por el deseo obsesivo de poseer el Anillo, mientras que Lengua de Serpiente, un hombre caído, procura la posesión del rey como medio para poseer a la sobrina de este. En Sauron y Saruman, el pecado que causa el mal del dragón es el orgullo, mientras que, en el patéticamente consumido y «gollumizado»

Lengua de Serpiente, la causa de la enfermedad es la lujuria. En todos los casos, los personajes acaban destruidos por sus propios pecados mortales.

Veremos ahora en qué consiste la adicción mortal de Smaug que le conduce a su destrucción. Primero, volvamos a la narración en el momento en que Bilbo, protegido por la invisibilidad del anillo, vuelve con Smaug y enreda al dragón en un juego de acertijos, recordando el episodio con el miserable Gollum. Esta vez, sin embargo, no es una competición de acertijos en la que los participantes intervengan por turnos, sino que *El Hobbit* se burla del dragón para ocultar su propia identidad y encontrar el punto débil de su oponente. Evitando descubrir su nombre ante Smaug, Bilbo se refiere a sí mismo con una serie de apodosos enigmáticos. Él es el «descubre–indicios», el «corta–telarañas», la «mosca de agujijón» y «el que camina sin ser visto». Nada de lo cual es falso pero tampoco ofrece mucha información útil a su adversario. Entonces enuncia un acertijo, cuyo significado escapa de la página y de la propia historia como la explosión de unos fuegos artificiales, iluminando el sentido profundamente religioso del libro: «Yo soy el que entierra a sus amigos vivos, y los ahoga y los saca vivos otra vez de las aguas». En el plano literal, este acertijo se refiere, de un modo bastante prosaico, al «entierro» de sus amigos en los barriles del palacio del rey de los elfos, «ahogándolos» en el río una vez las barricas están selladas, y sacándolos vivos de nuevo del agua cuando los libera a su llegada a la Ciudad del Lago. En el plano alegórico, sin embargo, a un lector cristiano difícilmente se le pasará por alto la alusión al bautismo. Y una vez que nuestra antena teológica se ha sintonizado gracias a la pista que se nos ha ofrecido, comenzamos a ver que todo *El Hobbit* es como una representación del bautismo de Bilbo en la plenitud de la vida. Había estado «muerto» tratando de preservar la vida de comodidades de Bolsón Cerrado, su casa en la Comarca, y tenía que «morir a sí mismo», ofreciendo su vida por otros, que es la piedra de toque y el significado del amor, para encontrar la plenitud de la vida. Tiene que perder su vida para ganarla. Tiene que enterrar su vieja vida centrada en sí mismo para resucitar a una nueva vida de aventuras. Tiene que correr el riesgo de perder la vida para encontrarla. En resumen, necesitaba un bautismo de este tipo para recibir la gracia vivificante.

Considerando el papel del dragón en esta historia, no es sorprendente que Smaug se burle de este enigma en particular. Al principio parecía claramente impresionado por los anteriores acertijos, pero encuentra a este último poco «verosímil». Smaug el Orgullosa está impresionado por la jactancia de Bilbo, que presume de ser el «descubre–indicios», el «corta–telarañas», la «mosca de agujijón», el «amigo de los osos», el «invitado de las águilas», el «Hacedor del Anillo», el «Porta Fortuna» y el «Jinete del Barril», nombres que podrían aplicarse a un superhéroe que presume de su fuerza, pero el dragón se burla del acertijo en el que la alusión de Bilbo al bautismo se acerca más a las palabras de Cristo. Smaug no tiene ningún interés en enterrar vivos a sus amigos, ahogarlos o traerlos de nuevo a la vida. Él no tiene amigos y devora a sus enemigos con fuego o se los come vivos. Para Smaug, el enigma del bautismo ciertamente no es «verosímil».

El aspecto claramente alegórico de este acertijo plantea el tema de la aparente introducción de la voz de Cristo dentro de la narración. ¿Por qué están las palabras

literales de Bilbo poseídas por esta presencia alegórica? La respuesta la vemos mejor al establecer una comparación con la presencia demoníaca en *El Señor de los Anillos*. Hemos visto cómo lo demoníaco se oculta lingüísticamente en los mismísimos nombres de Sauron, Saruman y Lengua de Serpiente, sugiriendo la presencia de Satán en estos personajes. De modo semejante, la repetición involuntaria que hace Bilbo de las palabras de Cristo, así como el «yo soy» en el acertijo del bautismo, sugiere la presencia de Cristo, en él y junto a él, al enfrentarse al dragón (Satán). Incluso aunque no lo sepa, Bilbo no está solo al enfrentarse a su poderoso enemigo (y no olvidemos que «Satán» es la palabra hebrea para «enemigo»).

Ciertamente, la confrontación final entre Bilbo y Smaug es una batalla a muerte entre la humildad de *El Hobbit* y el orgullo del dragón. Como veremos, y volviendo una vez más a las palabras de Cristo, el orgulloso será humillado y el humilde será exaltado.

**24** El juego de palabras del autor entre «treasure hoard» (tesoro acumulado, por extensión, tesoro) y «word hoard» (acumulación de palabras o tesoro de palabras) puede salvarse en castellano con la palabra «tesauro» si tenemos en mente su sentido actual como «diccionario» y su origen, común a «tesoro», en la palabra latina «thesaurus» (N. del T.).

## 10

### **El orgullo del dragón precede su caída**

La batalla de ingenio entre Smaug y *El Hobbit* invisible culmina con el dragón presumiendo de ser indestructible y mucho más poderoso que cualquiera lo suficientemente loco como para enfrentarse a él: «¡Mi armadura es como diez escudos, mis dientes son espadas, mis garras, lanzas, mi cola, un rayo, mis alas, un huracán, y mi aliento, muerte!».

Bilbo se muestra comprensiblemente intimidado ante semejante jactancia, pero pregunta si es cierto que los dragones son más blandos por abajo, especialmente en la zona del pecho. Smaug le espeta que la información de Bilbo está «anticuada», y que él está cubierto completamente con una armadura. «Ninguna hoja puede penetrarme», asegura, y para demostrarlo, empujado por la adulación de Bilbo hacia su magnífico chaleco de diamantes, se revuelca hacia un lado para mostrar la brillante armadura. Al hacerlo, permite involuntariamente que Bilbo vea que hay pequeña parte de piel expuesta «tan desnuda como un caracol fuera de casa» en su pecho izquierdo. Una vez descubierto el punto débil de Smaug, Bilbo da por concluida su misión de reconocimiento y emprende una veloz retirada por el túnel por donde había venido.

La ubicación del punto vulnerable del dragón directamente sobre su corazón (asumiendo que la fisionomía de los dragones sea la misma que la humana), transmite una potencia alegórica. El punto débil de Smaug no solo está sobre su corazón, sino que es su corazón. Es la perversidad de su corazón la que provocará su caída. Recordemos una vez más las palabras de Théoden sobre cómo el daño del mal recae a menudo sobre el propio mal, al ver que el orgullo de Smaug ha sido su perdición. Revelando su «talón de Aquiles», se nos recuerdan otros ejemplos literarios en los que el orgullo precede a la caída. De hecho, podemos empezar por el propio Aquiles, cuyo orgullo enfurece a los dioses y causa la muerte de incontables guerreros griegos incluida la de su amigo más íntimo. Vienen a la memoria las fanfarronadas de Ulises ante Polifemo o la jactancia de los pretendientes de Penélope en Ítaca. Quizá hay un paralelismo mejor en la historia de Chantecler, el gallo protagonista del «Cuento del capellán de monjas», de Chaucer, cuya desgracia la causa su jactanciosa respuesta a los halagos del zorro. El modo en que Chaucer narra la fábula conecta el orgullo de Chantecler con el pecado original de Adán,

otorgando, por tanto, al zorro el papel de Satán. El posterior engaño que Chantecler le hace al zorro, sirviéndose a su vez de la adulación, vuelve las tornas, significando la transformación de Chantecler en el Nuevo Adán (Cristo). Podemos ver que la alusión alegórica a Cristo que hace Tolkien en la batalla de ingenio con Smaug (Satán) tiene mucho que ver con la aproximación de Chaucer. Ambos escritores cristianizan de ese modo las ancestrales fábulas morales paganas sobre lo destructivo del orgullo, la «hubris», introduciendo en ellas la redención de la humanidad por Cristo.

Smaug, furioso por la huida de Bilbo y temiendo que el «ladrón» pueda volver para seguir robando su precioso tesoro, destroza la ladera de la montaña cercana a la entrada escondida, atrapando al hobbit y a los enanos dentro del túnel, aparentemente sin escapatoria. Los enanos se hunden en la desesperación, pero Bilbo «sintió un raro alivio en el corazón, como si le hubieran quitado una pesada carga que llevaba bajo el chaleco». Este «raro» sentimiento es similar al de Sam en el Monte del Destino. Cuando Sam se da cuenta de que Frodo no tiene fuerzas suficientes para trepar el último trecho de la montaña, se dispone a cargarlo a cuestas, aunque, dado su propio estado de debilidad, está convencido de que no será capaz. Sam se tambalea sobre sus pies con Frodo colgando en su espalda, y «notó sorprendido que la carga era ligera». Un cristiano que lea este pasaje recordará inmediatamente las palabras de Cristo: «mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mateo 11, 30). Considerando que Sam está cargando a Frodo, que, como Portador del Anillo, es decir, Portador de la Cruz, es una figura de Cristo, este pasaje del Evangelio encaja perfectamente con la situación de Sam: *Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mateo 11, 28-30)*. Así se nos dice que Sam fue «capaz de un último esfuerzo» y que «levantó a Frodo con la misma facilidad con que llevaba a horcajadas a algún hobbit niño cuando retozaba en los prados o los henares de la Comarca».

Comparada con la ominosa gravedad de la sorpresa de Sam al sentir la levedad de la carga, el «raro alivio en el corazón» de Bilbo suena casi jovial, y al mismo tiempo parece indudable que se trata del mismo «don». En una lectura teológica más profunda, la diferente respuesta de los enanos y *El Hobbit* ante la misma situación «desesperada» es un indicio del diferente estado de sus almas. La desesperanza es un pecado porque es la negación de la virtud teologal de la esperanza. Está inextricablemente conectada con el orgullo. Los enanos se desesperan porque ya han caído en el orgullo. *El Hobbit*, por el contrario, recibe el don de la esperanza porque es humilde. Recuerda la sagaz ocurrencia de Chesterton sobre que «los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la ligera», mientras que «el diablo cae por la fuerza de la gravedad», es decir, por tomarse a sí mismo en serio<sup>25</sup>. No es, por tanto, sorprendente que Bilbo, habiendo recibido el «raro» don de la ligereza de corazón, anime a sus compañeros recordándoles que «mientras hay vida hay esperanza».

Dado que la única vía de escape segura está bloqueada, Bilbo y los enanos no tienen más opción que ir hacia delante hasta la gran sala que el dragón ha convertido en su

guarida y en la que está amontonado todo el tesoro. Con gran alivio, descubren que el dragón no está en casa; Smaug ha partido volando para atacar la Ciudad del Lago debido a la insaciable furia provocada por la pérdida de la copa que Bilbo le había quitado. Debemos anotar, por cierto, que Bilbo no es realmente un «ladrón» o un ratero. No le está robando al dragón, puesto que es este quien ha robado el tesoro de otros. Bilbo simplemente le ha devuelto el tesoro «robado» a Thorin, su legítimo propietario.

Al descubrir el tesoro sin vigilancia, los enanos se dejan dominar por la excitación. Bilbo, sin embargo, mantiene la calma y no se queda completamente prendado de la montaña de riqueza que yace a sus pies:

Pero aun así el hechizo del tesoro no pesaba tanto sobre el señor Bolsón como sobre los enanos. Bastante tiempo antes de que los enanos se cansaran de examinar el botín, él ya estaba aburrido y se sentó en el suelo; y empezó a preguntarse nervioso cómo terminaría todo. «Daría muchas de estas preciosas copas», pensó, «por un trago de algo reconfortante en un cuenco de madera de *Beorn*».

Al igual que antes, manteniendo la esperanza mientras los enanos estaban desesperados, Bilbo se encuentra una vez más respondiendo de un modo muy diferente al de sus compañeros ante una experiencia compartida. Nuevamente la diferencia en la respuesta se relaciona con el diferente estado de sus respectivas almas. El apego y el deseo que sienten los enanos hacia el tesoro son signos del mal del dragón que los aqueja, una aflicción que el narrador describe acertadamente como «hechizo». Son poseídos por aquello que desearían poseer. Bilbo, por su parte, encuentra que hay una riqueza más plena en el franciscano modo de vivir de *Beorn* y sus humildes cuencos de madera que en toda la opulencia que el tesoro puede ofrecer. Está protegido del hechizo del mal del dragón por su humildad, por su desapego y por su sencillez de corazón.

Entre tanto, Smaug siembra el pánico entre los desgraciados e indefensos habitantes de la Ciudad del Lago. Nada puede detener la furia destructiva del dragón, excepto su propio orgullo. El viejo zorzal, que ha sabido de la arrogante equivocación que el dragón ha cometido al permitir involuntariamente que Bilbo vea el punto débil desprotegido de su pecho izquierdo, comunica la noticia a Bardo, el arquero. A Bardo solo le queda una flecha, pero le ayuda la providencial luz de la luna en el preciso momento en el que Smaug se precipita sobre la ciudad para la matanza. El cuerpo entero del dragón, recubierto de gemas, resplandece a la luz de la luna, menos en el único punto en el que no hay joyas y el cuerpo queda expuesto. La flecha de Bardo vuela hacia su objetivo y Smaug con un chillido ensordecedor se precipita derrotado.

El modo en que el dragón es derrotado rebosa de significado alegórico cristiano. Lo mata la oscuridad de su corazón, simbolizado por la ausencia de luz reflejada en la superficie del punto débil de su pecho izquierdo. Profundizando en la lectura teológica de la caída del dragón encontramos la conexión entre la luz de la luna y la luz de la gracia. Hemos visto cómo Tolkien emplea el sol para significar la luz reflejada de la presencia de Dios, que dispersa las sombras del mal. Aquí vemos que la luz de la luna,

que no es realmente otra cosa que la luz reflejada del sol, opera como símbolo de la gracia de Dios. Cuando la luz cae sobre ese agujero negro de oscuridad o maldad, no se refleja ninguna luz de virtud.

La falta de respuesta a la luz de la gracia de los perversos de corazón es la causa de su muerte espiritual. La muerte física de Smaug es, por lo tanto, una consecuencia de su muerte espiritual.

Como la puesta de sol que providencialmente ha mostrado a Bilbo y a los enanos la puerta escondida a la guarida subterránea de Smaug, la salida de la luna ha mostrado providencialmente a Bardo la puerta escondida al oscuro corazón de Smaug. Para derrotar al dragón, ha sido necesario tanto el coraje de los hobbits y los hombres como la intervención sobrenatural de la mano oculta de la Providencia. De todos modos, no debemos olvidar el tercer ingrediente crucial, tan importante e indispensable para la derrota del dragón como la virtud de los hobbits y los humanos y la ayuda de la Providencia. Ha sido el propio orgullo destructivo de Smaug el que se convierte en el precedente definitivo, necesario, para su caída.

25 G. K. Chesterton, Ortodoxia.

## 11

### Bilbo el pacificador

La muerte de Smaug es, en muchos sentidos, el clímax de la trama de *El Hobbit* de modo parecido a como la destrucción del Anillo lo es de *El Señor de los Anillos*. Sin embargo, en ambos libros la destrucción del Objeto Maligno, sea el dragón o el Anillo, no acaba con el mal mismo. En este último, hay que sanear la Comarca enfrentándose a Zarquino, marchito vestigio del propio Saruman. De manera parecida, en *El Hobbit* la muerte del dragón no significa la curación del mal del dragón. Por el contrario, la desaparición del monstruo parece acentuar en los enanos, y en Thorin en particular, los efectos perversos de la enfermedad. El augurio del problema nos lo da Tolkien en el mismo título del capítulo siguiente al de la muerte de Smaug. Lejos de tratarse del retorno pacífico y próspero que podríamos esperar, el capítulo se llama «El encuentro de las nubes», aludiendo a la tormenta que se avecina. Es más, la alusión lingüística al «encuentro de los clanes»<sup>26</sup> sugiere que esa tormenta que se acerca no es sino una batalla.

Al extenderse a lo largo y ancho la noticia de la muerte de Smaug, se extiende igualmente el recuerdo de su legendario tesoro bajo la montaña. Muchos ojos avariciosos comienzan a mirar hacia la lejana montaña y el tesoro, ahora sin nadie que lo guarde, que espera a aquellos que puedan reclamarlo. Algunos tienen más derecho que otros. Los habitantes de la Ciudad del Lago, cuyas casas resultaron destruidas por Smaug en su ataque a causa del robo de la copa que llevó a cabo Bilbo, buscan el tesoro en compensación por su pérdida y para poder reconstruir la ciudad. El rey Elfo reúne un ejército de arqueros y lanceros para marchar hacia la montaña, y los trasgos de las cuevas de las Montañas Nubladas tienen también puesto el ojo en el tesoro. Conociendo todo esto, Roac el cuervo da a Bilbo y los enanos la noticia de la muerte de Smaug, recordando a Thorin que los trece enanos son un «pequeño resto del gran pueblo de Durin» que una vez habitó bajo la montaña, y que, por tanto, sería sensato compartir el oro con los hombres y los elfos para que la paz prevalezca. Está implícito en el sabio consejo de Roac que Thorin y los enanos no tienen necesidad de un tesoro tan grande y que trece enanos y un hobbit no van a poder resistir la avalancha de los ejércitos de hombres y elfos que se acercan. Thorin no atiende a la sabiduría de estas palabras y

renuncia a compartir el tesoro. Confía en que los enanos de las cercanas Colinas de Hierro vengán a rescatarlos. Entre tanto, decide prepararse para un asedio, fortificando la entrada de la caverna. Bilbo, que «hubiera dado buena parte de lo que a él le tocaba por la pacífica conclusión de estos asuntos», se arriesga a recordar a Thorin que sus provisiones son escasas para resistir un asedio, pero sus avisos son ignorados.

Mientras los enanos se encuentran cada vez más consumidos por el mal del dragón y su locura, Bilbo se encuentra aislado y alejado de los que una vez fueron sus amigos y se va sintiendo cada vez más incómodo con el desarrollo de los acontecimientos. La llegada del ejército de hombres y elfos se da de bruces con el desafío de Thorin mientras que Bilbo desea «unirse a la alegría y las fiestas junto a las fogatas» que puede ver, abajo en el valle. Incluso algunos de los enanos más jóvenes murmuran que «habría sido mejor que las cosas hubiesen ocurrido de otra manera y poder recibir a esas gentes como amigos» pero el ceño fruncido de Thorin es suficiente para silenciarlos.

La injusticia de la postura de Thorin queda de manifiesto en los esfuerzos de Bardo para razonar con él. Bardo se presenta como el que ha entregado el tesoro en las manos de Thorin al matar al dragón, ¿no tiene acaso el matador del dragón ningún derecho sobre el oro? Bardo también recuerda a Thorin que muchos de los tesoros del botín de Smaug los había robado a los hombres del Valle después de destruir la ciudad de los enanos. ¿Tiene Thorin derecho a retener el oro de los hombres, que nunca perteneció a los enanos? Es más, explica Bardo, Smaug había destruido los hogares de los hombres de la Ciudad del Lago como consecuencia directa de la llegada de Thorin. Bardo pregunta si Thorin «no ha considerado la tristeza y la miseria de ese pueblo» que ayudó a los enanos cuando lo necesitaban. ¿No se merecen las gentes de la Ciudad del Lago ninguna recompensa por la generosa hospitalidad que mostraron a los recién llegados y por la destrucción que el dragón ha hecho de sus casas, especialmente cuando la llegada de Thorin ha sido la causa de la ira de Smaug?

La justicia de las palabras de Bardo es intachable. Eran palabras «hermosas y verdaderas», como nos dice el narrador. Al escucharlas, Bilbo estaba seguro de que Thorin se daría cuenta de su sabiduría y sensatez. *El Hobbit* no era consciente, sin embargo, del poder que la sed de oro ejercía en el corazón de los enanos. «En los últimos días Thorin había pasado largas horas en la sala del tesoro, y la avaricia le endurecía ahora el corazón». Thorin desafía a Bardo y se niega a negociar con él. Bardo, a su vez, declara que Thorin y los enanos están bajo asedio, condenándolos al destino trágico de Midas: «No alzaremos armas contra vosotros, pero os abandonamos a vuestras riquezas. ¡Podéis comeros el oro, si queréis!». El juicio moral definitivo sobre la vergonzosa acción de Thorin lo da Bilbo en la conclusión del capítulo. «Todo este lugar hiede aún a dragón» refunfuña, «y eso me pone enfermo». Sus palabras tienen un doble sentido, que funciona a dos niveles. En el literal, se refiere al hedor de Smaug, aún profundamente impregnado en el aire estancado de la cueva; en el más profundo, el «hedor» es el de Thorin y su sed de oro, indistinguible del de Smaug guardando su tesoro. Thorin, con su avaricia y orgullo, se ha convertido en el mismo dragón que quería matar.

Días después, Roäc trae a Thorin la noticia de que un ejército de enanos de las Colinas de Hierro está ya a tan solo dos días de marcha. A pesar de traer tan «buenas» noticias, el cuervo intenta por todos los medios advertir a Thorin de la insensatez de sus acciones. El ejército cuenta solo con apenas algo más de quinientos enanos y probablemente no estén preparados para enfrentarse al asedio del ejército de hombres y elfos. Además, añade Roäc, aun en el caso de que ganasen los enanos, su victoria podría convertirse aún en una derrota. El invierno, la nieve y el frío los asediarán más despiadadamente de lo que lo hayan hecho antes los hombres y los elfos. «¿Cómo os alimentaréis sin la amistad y la hospitalidad de las tierras de alrededor? El tesoro puede ser vuestra perdición, ¡aunque el dragón ya no esté!». La ironía de las palabras de Roäc recuerda las de Bardo y Bilbo. Cercados por los elementos, los enanos morirán de hambre, si lo único que tienen para comer es el oro. Su «victoria» estará tan vacía como sus estómagos, sobreviviendo al dragón para sucumbir al mal del dragón.

Sintiendo que tiene que hacer algo para alcanzar la paz, Bilbo se escapa de la caverna sitiada empleando el poder del anillo y se entrega a los guardias elfos. Llevado ante Bardo y el Rey Elfo, les dice, volviendo al tema recurrente del mito de Midas, que Thorin «está dispuesto a sentarse sobre un montón de oro y morir de hambre». Bilbo muestra la Piedra del Arca de Thrain, la joya más brillante del ilícito tesoro de Smaug, que, como Bilbo explica, es «el Corazón de la Montaña; y también el corazón de Thrain. Tiene, según él, más valor que un río de oro». La valiosa joya, que Bilbo había deslizado en su bolsillo sin decir nada a Thorin, servirá como poderoso medio de negociación. La entrega de la joya, que Bilbo hace «no sin un estremecimiento, no sin una mirada ansiosa», es su propia recuperación definitiva de los últimos vestigios del mal del dragón que él mismo ha estado sufriendo, aunque más levemente que Thorin. Con impecable sensibilidad moral, Bardo le pregunta a Bilbo si la joya es suya como para poder darla. Bilbo se revuelve incómodo y confiesa que no es exactamente suya, pero que desearía considerarla como su catorceava parte del tesoro, a la que tiene legítimo derecho según el acuerdo hecho con los enanos.

Después de entregar a Bardo y al Rey Elfo un arma con la que lograr la paz, Bilbo ofrece todavía otra muestra de valor rechazando la oferta de permanecer en la seguridad del campamento, insistiendo, por el contrario, en volver para compartir los peligros que le esperan con Thorin en la caverna bajo la montaña. Al cruzar el campamento, un anciano envuelto en una capa oscura se le acerca. «¡Bien hecho, señor Bolsón!», dice palmeándole la espalda. «¡Hay siempre en ti más de lo que uno espera!». El misterioso desconocido resulta ser Gandalf, que hace saltar de alegría el atribulado corazón de *El Hobbit*. Sean cuales sean los peligros que esperen a Bilbo cuando Thorin descubra que le ha dado la Piedra del Arca a Bardo, parecen relativamente de poca importancia comparados con la aprobación que ha recibido del mago. Uno imagina que para Bilbo esa aprobación vale más que muchas Piedras del Arca.

A la mañana siguiente, Bardo muestra a Thorin la Piedra del Arca y le pregunta si recuperar la valiosa gema le induciría a compartir parte del oro que atesora. Thorin se queda mudo de asombro. Cuando vuelve a hablar, lo hace lleno de cólera, acusando a

Bardo y sus aliados de ladrones. «No somos ladrones», responde Bardo. «Lo tuyo te lo devolveremos a cambio de lo nuestro». Thorin pregunta cómo ha conseguido Bardo la Piedra del Arca, momento en el que Bilbo, temblando de miedo, confiesa que ha sido él quien se la ha dado. Llevado por la ira, Thorin está a punto de despeñarlo y únicamente lo detiene la oportuna intervención de Gandalf, que se identifica y detiene la mano de Thorin. Bilbo justifica su acción diciéndole a Thorin que ha dispuesto como le ha parecido de la legítima parte del tesoro que le correspondía. Thorin permite despectivamente que Bilbo salga y se una a Gandalf junto a los hombres y los elfos.

Cuando Dain y su pequeña hueste de enanos llegan en ayuda de Thorin, parece que la batalla es inevitable. Solo lo evita la casi inmediata llegada de un enorme ejército de trasgos y lobos, que fuerzan a enanos, hombres y elfos a una apresurada alianza ante un enemigo común. En la Batalla de los Cinco Ejércitos, como fue luego conocida, los hombres del Lago lucharon con largas espadas mientras que los trasgos blandían cimitarras. Esto convierte simbólicamente a la batalla en un enfrentamiento entre la Cristiandad y los infieles, las fuerzas del bien blandiendo las largas espadas de los cruzados cristianos mientras que las fuerzas de la oscuridad luchan con las espadas curvas del Islam. El mismo simbolismo se emplea en *El Señor de los Anillos*, donde los orcos van armados con cimitarras mientras que los hombres de Gondor luchan con espadas. Igualmente significativo en *El Señor de los Anillos* son las características de los exóticos Endrinos, hombres del Sur, que sirven al Señor Oscuro. Los Endrinos son también emblemáticos, para lo que podemos llamar la «mente» occidental, como antiguos enemigos islámicos. A este respecto, Tolkien le debe más a obras medievales, como la *Canción de Rolando*, que a la literatura moderna.

Después de la batalla, Bilbo se reconcilia con un Thorin arrepentido y herido de muerte que, curado del mal del dragón, desea «partir en amistad» y retirar sus anteriores palabras y hechos. Thorin le dice a Bilbo que va a partir a «los salones de espera», para sentarse al lado de sus antecesores «hasta que el mundo sea renovado». Estas palabras pueden parecer superficialmente paganas o no cristianas pero para una lectura más atenta son enteramente ortodoxas. Puesto que los sucesos de *El Hobbit* tienen lugar miles de años antes de la Encarnación, los héroes de esa era no tienen conocimiento del Cielo preparado para los justos por Cristo Resucitado. La ortodoxia cristiana asegura que las almas de aquellos que murieron antes de la Muerte y Resurrección de Cristo estaban en el limbo, un lugar de espera, del cual fueron liberados por el propio Cristo después de su Resurrección, el momento en el que «el mundo es renovado». El descenso de Cristo a los «infiernos» tras su Resurrección aparece en muchas de las más grandes obras de arte: En *El Señor de los Anillos* se representa bajo un leve disfraz y, con gran sutileza, en el recorrido de Aragorn por el Sendero de los Muertos. Las palabras de Thorin son, por lo tanto, profundamente ortodoxas desde la perspectiva cristiana, aunque, por supuesto, él no lo sabe. Este es uno de los ejemplos de lo lejos que llevó Tolkien sus esfuerzos para asegurar que su ciclo armonizase y encajase con la ortodoxia de la teología cristiana.

Las últimas palabras de Bilbo a Thorin están llenas de humilde dolor: «Esta es una amarga aventura, si ha de terminar así; y ni una montaña de oro podría enmendarla. Con

todo, me alegro de haber compartido tus peligros; esto ha sido más de lo que cualquier Bolsón hubiera podido merecer».

«¡No!», replica Thorin. «Hay en ti muchas virtudes que tú mismo ignoras, hijo del bondadoso Oeste. Algo de coraje y algo de sabiduría, mezclados con mesura. Si muchos de nosotros dieran más valor a la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado, este sería un mundo más feliz».

Gran parte de la moralidad cristiana de *El Hobbit* se transmite en este último intercambio de reconciliación entre Bilbo Bolsón de la Comarca y Thorin Escudo de Roble, el Rey bajo la Montaña. La aventura ha sido amarga, puesto que acaba en muerte, y ninguna cantidad de riqueza material puede compensar la pérdida de vidas. Aun así Bilbo prefiere haber compartido las mortales penurias de sus amigos, incluso en una aventura que acaba tan amargamente, que permanecer en casa con el confort de la Comarca. Al abrazar el sufrimiento, incluso hasta la muerte, Bilbo condensa la idea de la vida como una cruz que somos llamados a llevar voluntariamente e incluso con alegría. La vida no consiste en perseguir las comodidades y buscar el camino más fácil. Es el Amor, que puede definirse como la disposición a dar nuestra vida por otros. Abandonando la comodidad de la Comarca, nuestra propia zona de confort, y abrazando las múltiples cruces (sufrimientos) que la aventura (la vida) pone en nuestro camino, y dándonos voluntariamente al servicio de los demás, crecemos en virtud, que es el único crecimiento que cuenta. Habiendo experimentado la aventura en su totalidad, Bilbo no solo se «alegra» por el dolor y las penas, sino que se siente indigno de la bendición de ese sufrimiento, que es «más de lo que cualquier Bolsón hubiera podido merecer».

No es sorprendente que Thorin, enfrentado en el momento de la muerte con esta sabiduría, responda que hay más virtudes en Bilbo, un «hijo del bondadoso Oeste», de las que *El Hobbit* se da cuenta. Tiene coraje y sabiduría en la justa medida y valora más «la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado». Y aquí está la paradoja, en el mismo núcleo de la vida cristiana: aquel que abraza el sufrimiento, aquel que muere a sí mismo para morir por otros, es, de hecho, más feliz que aquel que rehúye el sufrimiento y se coloca a sí mismo por encima de todo lo demás. Las personas más infelices son las que están centradas en sí mismas, pues su amistad es fingida y valoran las posesiones materiales por encima de la riqueza espiritual. Porque en realidad no podemos evitar la Cruz. Cada uno carga con la suya y aquel que lo lamenta está más dolorosamente clavado a ella que aquel que la abraza en un acto de amor. Este es el secreto de las palabras de Cristo acerca de que su yugo es suave y su carga ligera. Si permitimos que Cristo nos ayude a cargar nuestra cruz, encontraremos una fuente de alegría en los sufrimientos de la vida; si rechazamos su ayuda, seremos aplastados por el peso de la gravedad de nuestros pecados.

Después de la muerte de Thorin, Bilbo llora hasta que se le enrojecen los ojos y se queda sin voz. En su dolor medita sobre el aparente fracaso de sus esfuerzos para traer la paz entre Thorin y Bardo:

Desearía que Thorin estuviese vivo, pero me alegro de que partiese en paz. Eres un tonto, Bilbo Bolsón, y lo trastornaste todo con ese asunto de la piedra; y al fin hubo una batalla a pesar de que tanto te esforzaste en conseguir paz y tranquilidad, aunque supongo que nadie podrá acusarte por eso.

Es cierto que los esfuerzos de Bilbo para traer la paz habían fracasado. Al final, solo la oportuna llegada de los trasgos y los lobos impidió que enanos, hombres y elfos luchasen entre ellos. La forzada alianza contra un enemigo común sugiere que la mano oculta de la Providencia es la auténtica pacificadora entre enanos, hombres y elfos, reuniéndolos en una cruzada común contra las fuerzas del mal. Y Bilbo también tiene razón en que «nadie puede acusarlo» por la lucha ni por el fracaso de sus esfuerzos para traer la paz. Las acciones de Bilbo deben ser alabadas y, si han fracasado, no ha sido por su culpa, sino por la dureza del corazón de Thorin. Finalmente, sus acciones virtuosas son una fuente de curación, que empuja a Thorin a presentar sus disculpas y a pedir ser perdonado. La reconciliación entre el enano y *El Hobbit* trae la paz entre ellos, que, como diría Bilbo, valía más que muchas montañas de oro.

El reconocimiento de Bilbo de su propio fracaso nos recuerda a la muerte de Boromir en *El Señor de los Anillos*, por el sentimiento de contrición y reconciliación que prevalece en ambos. «Yo he fracasado», dice Boromir. «¡No!», responde Aragorn. «Has vencido. Pocos hombres pueden reclamar una victoria semejante». Al traer la paz al endurecido corazón de Thorin, Bilbo no ha fracasado. Ha vencido. Ha obtenido una enorme victoria. Es un pacificador consumado y, como tal, puede estar en paz.

**26** El título del capítulo en inglés es «The Gathering of the Clouds». «Gathering of the clans» es la expresión que se utiliza para hablar del encuentro de los clanes, que se celebraba, tradicionalmente, para preparar una batalla (N. del T.).

## 12

### Bienaventurados los pobres de espíritu

Después del entierro de Thorin, Dain se convierte en Rey bajo la Montaña y divide el tesoro equitativamente. «Te recompensaré más que a nadie», dice a Bilbo. *El Hobbit*, sin embargo, declina su oferta. Asegurando a Dain que el tesoro está mejor en las manos de los enanos y que, en cualquier caso, un simple hobbit no sabría manejar semejante cantidad de riqueza, acepta solo el oro y la plata que un poni fuerte pueda cargar. «Un poco más y no sabría qué hacer con ello», dice.

Cuando Bilbo llega a Rivendel, acompañado en su largo viaje a casa por Gandalf, es recibido una vez más con canciones élficas. Esta vez los elfos cantan sobre el paso del tiempo: sobre dragones que se marchitan, su brillo humillado; sobre espadas que se oxidan y tronos y coronas que perecen; sobre lo pasajero de la fuerza en la que los hombres confían y la riqueza que atesoran. La temporalidad de esas cosas frente a la permanencia de la naturaleza, como la hierba, los árboles y los ríos. Los elfos cantan el tema que ha reaparecido una y otra vez a lo largo de toda la narración:

Las estrellas brillan más  
que las gemas incontables,  
y la luna es aún más clara  
que los tesoros de plata,  
el fuego es más reluciente,  
en el hogar a la noche,  
que el oro hundido en la mina.  
¿Por qué ir de un lado a otro?

Estar abierto y despierto a los dones de la Creación, como la luna y las estrellas, los ríos, árboles y flores, nos protege del mal del dragón. Estar ciego a estos dones nos vuelve propensos al poder destructivo del dragón. Aquellos que están dispuestos, guiados por la luz de la humildad, serán bendecidos con la pobreza de espíritu con la que heredarán el reino de los cielos; los que estén cegados por la oscuridad de su orgullo serán condenados con la riqueza material con la que comprarán su billete para el infierno. Esta comprensión de la realidad, común a los elfos de Rivendel y a los franciscanos, anima toda la atmósfera moral y la dinámica literaria de *El Hobbit*. Pero ¿cómo respondemos a las cuestiones que aparentemente nos plantea la canción de los elfos? ¿Es verdad que los auténticos tesoros son el sol, la luna y las estrellas, los ríos y los árboles, cosas, todas ellas, que podemos encontrar bastante cerca de casa? «¿Por qué ir de un lado a otro?». ¿Ha sido una pérdida de tiempo el viaje de Bilbo? ¿Debería simplemente haberse quedado en casa?

Como han dejado claro las palabras de Bilbo al moribundo Thorin, él no desea haberse quedado en casa ni piensa que el viaje haya sido una pérdida de tiempo. Por el contrario, está agradecido por la aventura, a pesar de las pruebas y tribulaciones, o quizá a causa de ellas. Si el objetivo al abandonar su casa hubiese sido la obtención de «joyas sin medida», dándole la espalda a su casa y al sol y a la luna en una avariciosa sed de oro, sí habría sido una locura. Si su viaje hubiese sido de este tipo, sin duda habría sucumbido al mal del dragón contra la que la canción de los elfos parece prevenirnos. El propósito de este viaje, desconocido antes de su partida por el reacio hobbit pero que sin duda formaba parte de los planes de Gandalf al invitarlo a unirse a los enanos, no era la riqueza material, sino la curación espiritual. Es decir, el viaje fue una peregrinación. Lo deja claro Gandalf acompañando a Bilbo a casa en la Comarca. «¡Mi querido Bilbo!», exclama el mago. «¡Algo te ocurre! No eres *El Hobbit* que eras antes». El mago, en su sabiduría, percibe que *El Hobbit* había crecido. Y lo ha hecho en estatura moral; en sabiduría; ha crecido en virtud. En resumen, ha madurado.

Cuando Bilbo llega finalmente a su casa, más de un año después de su partida, descubre conmocionado que sus posesiones están siendo subastadas y que, de hecho, ya se habían vendido muchas por muy poco. La subasta estaba anunciada como una venta de las propiedades «del finado Bilbo Bolsón, de Bolsón Cerrado» que había sido declarado «presuntamente muerto». Uno puede imaginar la reacción que suscita cuando Bilbo se cuele en su propio funeral, por así decirlo, y declara, como diría Mark Twain, que la noticia de su muerte se ha exagerado. Podemos imaginar la sorpresa, pero también nos asombra que para algunos fuese desagradable. Los Sacovilla Bolsón, su familia más cercana, en previsión de la mudanza, estaban ya tomando medidas de las habitaciones para ver si encajaban sus propios muebles.

Las consecuencias legales de la inesperada «resurrección» de Bilbo se arrastraron durante años. Se nos cuenta que pasó mucho tiempo «antes de que el señor Bolsón fuese admitido otra vez en el mundo de los vivos». Los que habían conseguido buenas gangas en la subasta no se convencieron enseguida de que la tardía vuelta de Bilbo significase necesariamente que estaba vivo. De hecho, por decirlo con lenguaje jurídico, el que

estuviese vivo *de facto* no era igual que ser declarado vivo *de iure*. Al final, Bilbo se vio forzado a volver a comprar una buena parte de sus propios muebles a aquellos que se mostraban escépticos sobre el hecho de que estuviese legalmente «vivo». Sus valiosas cucharillas de plata desaparecieron sin dejar rastro, probablemente en las avariciosas manos de sus familiares. En cuanto a los Sacovilla Bolsón, «nunca admitieron que el Bolsón que estaba de vuelta fuera el genuino, y las relaciones con Bilbo se estropearon para siempre». Habían codiciado su casa y nunca le perdonaron que volviese a ella.

Hay que destacar que los familiares más cercanos de Bilbo estaban más cerca del «hogar» de lo que podría imaginarse, en el sentido de que los Sacovilla Bolsón pueden considerarse como un espejo de lo que Bilbo podría haber llegado a ser si no se hubiese embarcado en su viaje. Su insano apego al «hogar» y a lo que contiene y su falta de capacidad de desprendimiento los ha convertido en pequeños *smaugs*, definidos por el mal del dragón que los consumía. En este contexto es significativo que Bilbo no supiera hasta el final de la historia el trágico destino del gobernador de la Ciudad del Lago, otro pequeño Smaug, que, como los Sacovilla Bolsón, había sido consumido y «gollumizado» por el mal del dragón. Se nos dice que el gobernador ha tenido «un mal fin»: «Bardo le había dado mucho oro para que ayudara a la gente del Lago, pero era un hombre propenso a contagiarse de ciertas enfermedades, y había sido atacado por el mal del dragón y, apoderándose de la mayor parte del oro, había huido con él y murió de hambre en el Yermo, abandonado por sus compañeros». Abandonado en el desierto, muere del hambre inducida por el oro, que podría haber sido el destino de Thorin de no haber intervenido la mano de la Providencia.

El retorno de Bilbo a la Comarca después de su viaje se corresponde con la vuelta a casa de los hobbits en *El Señor de los Anillos*. En ambos, los protagonistas no vuelven al paradisíaco hogar, sino a un lugar acosado por manifestaciones microscópicas de los males que los habían ido acosando durante sus aventuras. En la trilogía, la Comarca en su totalidad estaba siendo saqueada por los aquejados del mal del dragón, de un modo parecido a como las pertenencias de Bilbo estaban siendo liquidadas en *El Hobbit*. Volviendo a las reflexiones de los elfos sobre el tema del paso del tiempo, se nos recuerdan las consecuencias entrópicas de la Caída, que significa que todo está sometido a la decadencia causada por el pecado. No hay retorno a un pasado «puro», que no fue, en ningún caso, realmente puro; solo podemos trabajar incansablemente en el presente para preservar y restaurar la herencia del pasado de los estragos del tiempo. Como nos recuerda Chesterton, si dejamos algo abandonado a sí mismo, no lo dejamos tal y como está, lo entregamos a un «torrente de cambio», gran parte del cual será para peor. Para emplear la metáfora de Chesterton, si queremos preservar un portón, no lo dejamos estar sin más; si queremos preservarlo tenemos que estar constantemente pintándolo<sup>27</sup>. Así que, en *El Señor de los Anillos*, es necesario sanear la Comarca cuando vuelven los hobbits, y Bilbo debe luchar por su vida, por así decirlo, al volver a casa, trabajando duro para restaurar Bolsón Cerrado tal y como había sido antes de su partida.

Igual que el empleo de la primera persona «yo soy» en el acertijo de Bilbo con el dragón, no podemos ver la «muerte» y «resurrección» de Bilbo al final de la historia al

pie de la letra. Es decir, no podemos verlo solamente en su significado literal. Bilbo estaba «presuntamente muerto» y, sin embargo, se levanta de su presunta muerte en medio del «funeral» *de facto*. Esta «muerte» y «resurrección» parecen exigir una conexión alegórica con las Escrituras. Retomando las palabras de Gandalf poco antes de que Bilbo llegara a casa, vemos que ya no es *El Hobbit* que era antes. Había estado espiritualmente «muerto» antes de emprender la aventura, igual que los Sacovilla Bolsón están «muertos» a su retorno. Su viaje lo ha cambiado. Lo ha traído a la vida. Fue la muerte del viejo hobbit y el nacimiento del nuevo. Ha «nacido de nuevo». Ha sido un bautismo a una nueva vida, más plena. En este sentido, su resurrección de entre los muertos es solo un reconocimiento literal de una realidad espiritual más profunda. Bilbo estuvo ciertamente muerto, pero ahora vive.

El hecho de que la «resurrección» de Bilbo no fuera aceptada por aquellos que están «muertos» espiritualmente, como los Sacovilla Bolsón y sus semejantes, que conocen el precio de todo y no saben el valor de nada, nos recuerda a aquellos que se negaron a aceptar la Resurrección de Cristo después de que se alzase de entre los muertos y las palabras de la Escritura en las que profetiza este rechazo: *Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre los muertos (Lucas 16, 31)*. Por lo tanto, Bilbo, a pesar de la nueva vida que hay en él, es considerado muerto a los ojos del mundo. Se nos dice que ha perdido mucho más que sus cucharas, «había perdido su reputación (...) ya nunca fue del todo respetable». La pérdida de esta reputación y respetabilidad mundanas significa muy poco para el «resucitado» Bilbo. Ya no se preocupa por semejantes nimiedades. Si está muerto a los ojos del mundo, también está muerto para el mundo. Ya no persigue las cosas que el mundo tiene para ofrecer, habiendo descubierto la perla de gran valor que el mundo no valora.

El robo del tesoro en el propio reino de Bilbo (y no olvidemos que el hogar de un hobbit es su castillo) nos recuerda su papel como «ladrón» que «roba» el tesoro del dragón. Sin embargo, se trata de una inversión del papel de Bilbo y no un paralelismo, porque Bilbo no era realmente un ladrón o un saqueador. Simplemente estaba quitándole al dragón lo que les había robado antes a otros. Es más, no tomaba el tesoro para sí, sino para retornarlo a su legítimo propietario. La escena paralela, distinta a la inversión, sería la de los Sacovilla Bolsón y demás saqueando las posesiones de Bilbo a imagen de Smaug, invadiendo el reino ajeno, despojándolo e intentando reclamarlo como propio. Otra escena paralela sería ver el retorno de Bilbo como reflejo del retorno del rey. Como Thorin y Aragorn, a una escala mucho más pequeña, Bilbo retorna a su reino para reclamar su legítima herencia. Si Thorin es el rey bajo la Montaña, Bilbo es el rey bajo la Colina, como indica su dirección «Bolsón Cerrado, Bajo La Colina, Hobbiton». Su reino puede resultar minúsculo en comparación con los de Thorin o Aragorn, pero, para un hobbit, lo pequeño es aún más bello por su pequeñez. Como Thorin, se enfrenta a su propio dragón y libera su reino hobbit de la presencia del monstruo. Su regreso es verdaderamente el retorno del rey y a la luz de su «resurrección» vemos cuan adecuada es la frase que se pronuncia a la muerte de un monarca y el ascenso al trono de su

sucesor: *El rey ha muerto, larga vida al rey*. El viejo rey de Bolsón Cerrado ciertamente ha «muerto», larga vida al nuevo rey.

El nuevo rey de Bolsón Cerrado gobierna su heredad de un modo radicalmente diferente a como lo hacía el viejo rey. Mientras el viejo Bilbo estaba muy preocupado por su reputación y deseaba ser considerado «respetable» por sus vecinos, se nos dice que al nuevo Bilbo esto «no le importaba»: «Se sentía muy contento; y el sonido de la marmita sobre el hogar era mucho más musical de lo que había sido antes, incluso en aquellos días tranquilos anteriores a la tertulia inesperada».

El hogar es más dulce debido a la ausencia. Todo se convierte en nuevo, incluso las cosas más pequeñas, *especialmente* esas pequeñeces, como la marmita sobre el fuego. El nuevo Bilbo ve las cosas viejas con ojos nuevos y aprecia que son buenas, incluso mejores de lo que nunca hubiera imaginado que fuesen.

En la conversación final entre Gandalf y Bilbo, con la que concluye la historia, Gandalf le recuerda al hobbit que él no es sino una pequeña parte de un escenario providencial mucho mayor:

No supondrás, ¿verdad?, que todas tus aventuras y escapadas fueron producto de la mera suerte, para tu beneficio exclusivo. Te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero, en última instancia, ¡eres solo un simple individuo en un mundo enorme!

—¡Gracias al cielo! —dijo Bilbo riendo, y le pasó el pote de tabaco.

La paradoja final, digna de Chesterton o incluso de Jesucristo, maestro de las paradojas, es que el propósito del viaje espiritual de Bilbo era permitirle crecer lo suficiente para darse cuenta de lo pequeño que es. El mayor de los dones que Bilbo obtiene de su aventura es la pobreza de espíritu que le permite heredar el reino, el cielo, el puerto de su Hogar. Y, puesto que todo auténtico hogar no es sino una imagen y prefiguración de ese Cielo o Puerto definitivo para el que todos estamos hechos, el reino de Bilbo está más cerca de lo que él se imagina del Reino de Dios.

Cuando Gandalf proclama que Bilbo ya no es *El Hobbit* que solía ser, sabemos que ha cambiado para bien. Ya no coloca su corazón al servicio de las posesiones terrenales, sino que busca, por el contrario, aquellos tesoros del corazón que se encuentran en la sabiduría y la virtud. Ha sido curado y ha alcanzado la plenitud o, como diría el católico Tolkien, ha alcanzado la plenitud porque es santo. *El Hobbit* ha logrado el hábito de la virtud y, como le corresponde al héroe de una buena historia de hadas, sabe lo que es necesario para vivir feliz por siempre jamás.

27 G. K. Chesterton, Ortodoxia: «... todo conservadurismo se basa en la idea de que, si no intervienes, las cosas como son. Pero no es así. Si no intervienes, las abandonas a un torrente de cambio. Si no intervienes en un poste blanco, enseguida se volverá negro. Si por alguna razón particular lo quieres blanco, tienes que estar constantemente pintándolo».

## Anexo A

### Tolkien y la verdad de los cuentos de hadas

Desde que vine a estudiar a Cambridge en 1964, y me encontré con una tribu de mujeres adultas que vestían con mangas de farol, llevaban ositos de peluche y parloteaban excitadas sobre las andanzas de los hobbits, he tenido la pesadilla de que Tolkien puede llegar a ser el escritor más influyente del siglo XX. El mal sueño se ha hecho realidad. En cabeza de la lista, en el puesto de honor, se encuentra *El Señor de los Anillos* como libro del siglo<sup>28</sup>.

Quien expresa su disgusto con estas sombrías palabras porque se haya votado a *El Señor de los Anillos* como el mejor libro del siglo XX, en una gran encuesta a nivel nacional realizada en Gran Bretaña, es la militante feminista Germaine Greer, que se hizo famosa en 1970 como autora de *La mujer eunuco*, uno de los textos más influyentes del movimiento de liberación femenina. Se pregunta uno por qué la obra magna de Tolkien tiene el poder de convertirse en una pesadilla para sus críticos. ¿Qué hay en la obra de Tolkien que causa esas apoplejías? La respuesta la da la propia Greer, quejándose de que la obra de Tolkien es una «huida escapista de la realidad»:

La mayor parte de las novelas están ambientadas en un tiempo y en un lugar reconocible; Tolkien se inventa el tiempo, el lugar y la raza de los seres ficticios que lo ocupan. Los libros que han seguido su estela son más o menos previsibles; la huida de la realidad es su característica dominante<sup>29</sup>.

Esta crítica de Greer a *El Señor de los Anillos*, que, por supuesto, es igualmente aplicable a *El Hobbit*, es común a la mayor parte de los detractores de Tolkien. Esos críticos, que se enorgullecen de lo que consideran su «realismo», ven la obra de Tolkien como un material meramente fantástico, una escapatoria infantiloides al reino de los cuentos de hadas. La mejor respuesta a estos ataques la proporcionó el propio Tolkien con erudita elocuencia en su ensayo «Sobre los cuentos de hadas»<sup>30</sup> donde confronta los supuestos implícitos inherentes a la moderna *weltanschauung*, o cosmovisión,

materialista, que considera los cuentos de hadas como irreales y, por tanto, irrelevantes y no pertinentes.

Según Tolkien, los cuentos fantásticos ayudan a la «Renovación» del espíritu humano: «Renovación (que incluye una mejoría y el retorno de la salud) es un volver a ganar (...) la visión prístina», y nos habilita para «ver las cosas como se supone o se suponía que debíamos hacerlo». Los cuentos de hadas abren una realidad más allá del prosaico mundo de los hechos, permitiendo que el *sentido* permee lo factual. Estas historias van más allá de ver las cosas solamente como son o como parece que son; las ven como deben verse. No aceptan el *statu quo* simplemente porque se trate del «mundo real», sino que exploran las posibilidades de mundos mejores y diferentes. Trascienden las burdas limitaciones de «las cosas como son» para explorar las fértiles posibilidades de «las cosas como podrían ser». Este idealismo intrínseco tiene, claramente, implicaciones en lo que se refiere al modo en el que los cuentos de hadas interactúan con la realidad. Son un reto a nuestra ceguera hacia la belleza y el sentido intrínseco del mundo que nos rodea.

La reflexión de Tolkien sobre la «Escapada y la Consolación», dos facetas beneficiosas más de los cuentos de hadas «que, naturalmente, están estrechamente conectadas», se centra en la defensa del «escapismo» frente al «tono de burla y conmiseración con el que frecuentemente se usa ahora la palabra “Escape”: un tono que no tendría sentido fuera del mundo de la crítica literaria». Detectando una animosidad ideológica detrás de la crítica hacia la «escapada», Tolkien acusa a sus detractores de querer encarcelar la imaginación dentro de las rígidas murallas de las presuposiciones materialistas. «¿Por qué deberíamos burlarnos de un hombre que, encontrándose en prisión, trata de escaparse y volver a casa? ¿O que, si no puede hacerlo, piensa y habla sobre cosas distintas que los carceleros y los muros de la prisión? El mundo que está fuera no es menos real porque el prisionero no pueda verlo». Tolkien sugiere que los críticos materialistas son los propios carceleros, tratando «la Escapada del Prisionero» como si fuese «la Huida del Desertor»: «un portavoz del Partido hubiese tachado exactamente de ese modo, tratándola de traición, la partida de cualquiera de la miseria del Reich, del Führer o de cualquier otro, o incluso la menor crítica». La auténtica razón, por lo tanto, detrás del prejuicio y la hostilidad de tantos críticos literarios hacia los cuentos de hadas es, puramente, un prejuicio y una hostilidad contra la metafísica en general y contra el cristianismo en particular.

Entre las razones por las que deseamos escapar, Tolkien cita al «último y más íntimo deseo», la «Gran Escapada: escapar de la muerte». Y, aunque los cuentos de hadas podrían proporcionarnos muchos ejemplos de escapadas de la mortalidad hacia la inmortalidad, Tolkien asegura que esos cuentos «no los escriben las hadas, sino los hombres». Podemos escuchar fuertes ecos de su propia mitología en la siguiente aseveración acerca de que «las historias humanas sobre los elfos están impregnadas del afán de escapar de la Inmortalidad». La Inmortalidad, para aquellos, como los elfos, que han sido bendecidos o maldecidos con ella, es realmente una pesada carga, un «transcurso inacabable de la vida» y, como Tolkien insiste, el cuento de hadas es

«especialmente apto para este tipo de enseñanzas». La Inmortalidad significa estar atrapado en el tiempo y ser incapaz de escapar de sus interminables confines. Para los inmortales, por lo tanto, la muerte puede parecer un medio de escape hacia un lugar distinto y mejor. Ilustrando así la diferencia entre el tiempo y la eternidad, el cuento de hadas puede abrir la realidad a nuevos y apasionantes horizontes metafísicos.

El Consuelo definitivo de las historias de hadas es el «Consuelo del Final Feliz». Tolkien dice que este gozo no se basa «ni en la evasión ni en la huida», como podría decir un crítico. Por el contrario, es «una gracia súbita y milagrosa». Tolkien revela su teología cristiana al describir cómo «nos atraviesa un atisbo de gozo, un anhelo del corazón, que por un momento escapa del marco, atraviesa realmente la misma tela de araña de la narración y permite la entrada de un rayo de luz». Esta radiación no es otra cosa que la esperanza que mantiene cualquier cristiano en el «final feliz» definitivo. Este es el consuelo más poderoso que ofrecen los cuentos de hadas: «Quizá todos los cuentos se tornen reales, mas con todo, una vez redimidos, se parecerán tanto –y al mismo tiempo tan poco– a cómo salen de nuestras manos, del mismo modo a como el Hombre, una vez salvado, se parecerá a la criatura caída que ahora conocemos».

**28** W. Magazine, Invierno/Verano 1997; citado en Joseph Pearce, Tolkien. Hombre y mito, Minotauro, 2000.

**29** *Ibíd.*

**30** J. R. R. Tolkien, Los monstruos y los críticos y otros ensayos (Minotauro, 1998). Todas las citas de este anexo provienen de este texto.

## Anexo B

### La sabiduría del *País de las Maravillas*

Para ilustrar cómo entiende Tolkien la verdad que puede encontrarse en las historias de hadas, este breve ensayo contrasta su visión, y la de otros como G. K. Chesterton y C. S. Lewis, con las del cínico prosaico y el crítico materialista.

«Hubo un tiempo», dijo el amable tío Chestnut<sup>31</sup>, «en que éramos niños pequeños y vivíamos en el país de las maravillas». Levantando la vista del libro de cuentos de hadas que estaba leyendo por enésima vez sonrió tristemente a su sobrino. «El problema es que olvidamos que hemos sido niños y perdemos de vista el país de las maravillas...».

«¡Ya está bien!», exclamó su sobrino, que acababa de terminar su primer semestre en el instituto. «¡Basta ya de sentimentalismos cursis! ¡Basta de una vez con la inocencia de la tierra de nunca jamás! Todo eso es para críos inocentes, tío. Tú ya tienes edad para ir abriendo los ojos, ¿no crees que ya va siendo hora de madurar?».

El tío Chestnut dejó el libro a un lado. «¿Inocentes? ¿Madurar? Ninguno de nosotros fue nunca inocente y algunos nunca maduramos».

«Vale», dijo su sobrino, que se llamaba Eustace<sup>32</sup>. «A mí me gustaría que *tú* madurases».

¿Quién tiene razón, el tío Chestnut o Eustace? ¿El país de las maravillas solo es lugar de quimeras?, ¿es solo para niños?

«Cuando era niño», dice san Pablo, «hablaba como un niño, comprendía como un niño, pensaba como un niño: cuando me hice un hombre, dejé atrás las cosas de niños». ¿No está entonces san Pablo de acuerdo con Eustace? ¿No debería el tío Chestnut dejar a un lado las cosas de niños y crecer de una vez? ¿Qué pasa entonces con las palabras de Cristo «si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos?». San Pablo no podría estar en desacuerdo con estas palabras de su Maestro; por lo tanto, san Pablo, cuando habla de las cosas de niños, y Cristo, cuando habla de la necesidad de hacerse como un niño, se están refiriendo claramente a algo diferente. Es en esta diferencia paradójica entre las cosas de niños y hacer las cosas como un niño donde está la clave para comprender la diferencia entre los puntos de vista del tío Chestnut y Eustace.

Lo primero que tenemos que recordar es que el propio Cristo es un narrador de historias. Imparte sus enseñanzas más importantes contando historias o parábolas, para darles su nombre «adulto». Pensemos quizá en el Hijo Pródigo o en el Buen Samaritano, dos personajes de ficción que, producto de la imaginación de Nuestro Señor, se convierten en figuras verdaderas para las generaciones futuras. Nos cuenta historias porque somos sus hijos y estos cuentos son el mejor medio de que entendamos qué es lo que quiere decirnos. Si no nos hacemos como niños y escuchamos como niños, no veremos la verdad en las historias, la moral que enseñan. El hecho de que el Hijo Pródigo o el Buen Samaritano no hayan existido nunca en el «mundo real», sino que solo sean personajes de la narración, no los hace menos reales. Por el contrario, se convierten en arquetipos tan poderosos que ha habido incontables «hijos pródigos» o «buenos samaritanos» en cada generación que ha pasado desde que Cristo contó por primera vez la historia.

Y lo que es cierto para esas historias puede ser cierto para otras, cada una de ellas producto del don divino de la imaginación. Eso es lo que el tío Chestnut quiere decir cuando elogia el país de las maravillas que experimentamos de niños y lamenta que lo hayamos olvidado. No es que olvidemos que hemos sido niños, es que olvidamos que somos niños. Seguramente, algunos, víctimas de las madrastras (o padrastros), no tuvieron experiencias demasiado divertidas en el país de las maravillas. Otros, a quienes unos hermanos o hermanas desagradables les llevaron por el mal camino, vieron convertido su país de las maravillas en un lugar realmente triste. Olvidamos, cosa peligrosa, que el país de las maravillas no solo está lleno de cosas geniales, sino que también hay brujas malvadas. Olvidamos que en el país de las maravillas no solo hay lobos, sino, algo mucho más peligroso, lobos vestidos de cordero (y de abuelita). El país de las maravillas no es solo un lugar de idílica e ingenua inocencia, que es lo que parece que piensa Eustace, sino un lugar donde la virtud lucha heroicamente contra el mal. En resumen, que se parece mucho al mundo en que vivimos.

Un momento, oímos decir a Eustace, el mundo en el que vivimos no contiene lobos que se disfracen de abuelitas. No contiene armarios mágicos a través de los cuales se acceda a otros mundos. No hay bellas princesas que duerman durante cien años hasta que un noble príncipe las despierta con un beso. No hay calabazas que se conviertan en carruajes. En este momento, el tío Chestnut recuerda a su sobrino que el mundo está lleno de lobos que se disfrazan de oveja y de abuelita. Esto incluye políticos que besan niños en los mítines o directivos de marketing que lanzan campañas publicitarias llenos de valores tradicionales para vendernos productos venenosos. Puede que también le recuerde a Eustace que cualquier buen libro o película es un armario mágico que nos transporta a otro mundo. Quizá sugiera, sonriendo, que su propio sobrino es una bella durmiente que necesita que lo despierten con el beso de la bondad y la verdad. Y, en lo que se refiere a las calabazas, el tío Chestnut insistirá en que una calabaza es un milagro mayor que un carruaje, y que deberíamos aprender a sorprendernos de la aparición de la calabaza en nuestro plato tanto como Cenicienta con la aparición del carruaje la noche del baile.

En un tono más nostálgico, el amable tío puede que avise incluso a su sobrino de que hay peligros reales al no creer en la magia real del país de las maravillas. Existe el riesgo real de que los que no creen en los dragones se conviertan en monstruos. Puede suceder que quien no crea que Jack puede matar al Gigante se convierta en sirviente del Gigante y mate a Jack. Estas personas, que tienen mucho éxito en la política y en los tribunales, se los coloca el Gigante en su bolsillo y los usa para asegurarse de que Jack es inofensivo y que el monopolio del Gigante sobre la gallina que pone los huevos de oro esté garantizado.

La causa de esta singular ceguera, que impide que veamos la sabiduría del país de las maravillas, es que vamos aumentando nuestra educación y vamos olvidando nuestras maneras. Decir «por favor» es pedir las cosas del modo apropiado, decir «gracias» es mostrar la gratitud adecuada. Esto es cierto en las relaciones con nuestros amigos y familiares, pero lo es especialmente en nuestra relación con Dios. No es sorprendente que *please* (por favor) esté conectado etimológicamente con *plea* (petición) y *plead* (súplica) y, por lo tanto, conectado prácticamente con la realidad de la oración. Más importante aún, la acción de gracias es un signo de nuestra gratitud por las maravillas de la Creación y las maravillas de nuestra existencia dentro de ella. Dar las gracias, mostrar gratitud, es un signo de humildad y es al humilde de corazón a quien se le otorga la visión de lo maravilloso. Un corazón desagradecido que cree que no hay nada de lo que dar gracias es un corazón orgulloso incapacitado para el asombro. Como sucede con la magia, el país de las maravillas se torna invisible para estas almas de corazón orgulloso. No pueden verla y, por tanto, creen que no existe. Esta es, por supuesto, la retorcida e imperfecta lógica del relativista. Para este tipo de «realista», la realidad está en el ojo del que mira. Por lo tanto, cualquier realidad que no vean con sus ojos es *ipso facto* irreal: «yo no lo veo, por tanto, no es real». Es inútil decir que esta lógica es infantil, con lo que volvemos a la diferencia entre las cosas de niños y hacer las cosas como un niño. El que es infantil, faltando a la gratitud, cae en el pecado de cinismo que lo ciega para contemplar la belleza de la verdad; quien actúa como un niño, agradecido ante el don de la vida, mira a través de los ojos del asombro y ve la maravillosa sabiduría del país de las maravillas. Y esta hermosa visión no es sino una sombra de la Visión Beatífica, el país de las maravillas definitivo donde de verdad se vive feliz por siempre jamás.

**31** Uncle Chestnut (Tío Chestnut o Roble) es, según relata él mismo en su Autobiografía, el apodo que muchos niños daban a G. K. Chesterton (N. del T.).

**32** Eustace es el nombre de uno de los niños protagonistas de Las Crónicas de Narnia, de C. S. Lewis (N. del T.).

## **Sobre el autor**

Joseph Pearce, autor de más de quince libros, es el biógrafo católico más destacado de las dos últimas décadas. Ha escrito sobre la vida y las obras de personajes como J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis, entre otros. En esta misma editorial, tiene publicada dos de sus obras más importantes: *Escritores conversos*, ya en su 4ª edición; y *Shakespeare*, magnífica biografía sobre el artista inglés en la que desvela sus raíces católicas. Pearce es también coeditor de *The Austin Review*, una revista internacional sobre arte, cultura y literatura cristiana; Director ejecutivo de *Catholic Courses* y presentador del programa «En busca de Shakespeare» en la cadena televisiva EWTN. Por último, es escritor residente y profesor visitante en el Thomas More College de Merrimack, New Hampshire; y profesor visitante de la Mt. Royal Academy de Sunapee, New Hampshire.

# Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[1. El viaje de Bilbo](#)

[2. Una partida inesperada](#)

[3. Confiando en la suerte](#)

[4. El ingenio de los tragos](#)

[5. Gollum y el anillo](#)

[6. La mayoría de edad de Bilbo](#)

[7. El retorno del rey](#)

[8. Por encima de todas las sombras cabalga el sol](#)

[9. El mal del dragón](#)

[10. El orgullo del dragón precede a su caída](#)

[11. Bilbo el pacificador](#)

[12. Bienaventurados los pobres de espíritu](#)

[Anexo A: Tolkien y la verdad de los cuentos de hadas](#)

[Anexo B: La sabiduría del \*País de las Maravillas\*](#)

[Sobre el autor](#)

[Índice](#)

# Índice

1. El viaje de Bilbo	4
2. Una partida inesperada	9
3. Confiando en la suerte	15
4. El ingenio de los trasgos	20
5. Gollum y el anillo	23
6. La mayoría de edad de Bilbo	31
7. El retorno del rey	39
8. Por encima de todas las sombras cabalga el sol	44
9. El mal del dragón	48
10. El orgullo del dragón precede a su caída	53
11. Bilbo el pacificador	57
12. Bienaventurados los pobres de espíritu	63
Anexo A: Tolkien y la verdad de los cuentos de hadas	69
Anexo B: La sabiduría del País de las Maravillas	72
Sobre el autor	75
Índice	76